

# BOLETÍN OFICIAL

*Obispado de Lugo*

*Año CXLVI - N.º 1*  
*Xaneiro - Abril 2018*

Edita

**Obispado de Lugo**

Maquetación e impresión

**La Voz de la Verdad**

Depósito Legal

**LU 8-1958**

# Sumario



## **IGLESIA DIOCESANA**

### **Del Sr. Obispo**

- 7 | Jornada de la Vida Consagrada 2018. Jubileo en Nuestra Señora de O Corpiño
- 11 | Xornada da Vida Consagrada 2018. Xubileu en Nosa Señora de O Corpiño
- 15 | Comparte lo que importa. Ante la 59.<sup>a</sup> campaña de Manos Unidas
- 17 | Comparte o que importa. Ante a 59.<sup>a</sup> campaña de Mans Unidas
- 19 | Prólogo de la Semana Santa
- 21 | Prólogo da Semana Santa
- 23 | Adoremos a Cristo realmente presente en la Eucaristía
- 35 | Adoremos a Cristo realmente presente na Eucaristía
- 47 | A los diez años de la Ordenación episcopal. Santa Misa en la Catedral
- 53 | Aos dez anos da Ordenación episcopal. Santa Misa na Catedral
- 59 | Decreto de reestructuración de las unidades pastorales n.º 1 e 3 del Arciprestazgo de Abeancos
- 61 | Decreto de reestruturación das unidades pastorais n.º 1 e 3 do Arciprestado de Abeancos

### **Secretaría General**

- 63 | Nombramientos
- 64 | Ordenación
- 64 | Defunciones

### **Información Diocesana**

- 65 | Necrológicas
- 71 | Achegas da Diocese para obras en igrexas 2017
- 73 | Noticias varias

### **PROVINCIA ECLESIAÍSTICA DE SANTIAGO**

- 83 | Nota dos Bispos da Provincia Eclesiástica de Santiago ante a solemnidade de San Xosé

### **SANTA SEDE**

- 87 | Mensaje del Santo Padre Francisco para la 52 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales «La verdad os hará libres» (Jn 8, 32). *Fake news* y periodismo de paz
- 94 | Congregación para la Doctrina de la Fe. Carta *Placuit Deo* a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana

# Iglesia Diocesana



- Jornada de la Vida Consagrada 2018. Jubileo en Nuestra Señora de O Corpiño
- Xornada da Vida Consagrada 2018. Xubileu en Nosa Señora de O Corpiño
- Comparte lo que importa. Ante la 59.<sup>a</sup> campaña de Manos Unidas
- Comparte o que importa. Ante a 59.<sup>a</sup> campaña de Mans Unidas
- Prólogo de la Semana Santa
- Prólogo da Semana Santa
- Adoremos a Cristo realmente presente en la Eucaristía
- Adoremos a Cristo realmente presente na Eucaristía
- A los diez años de la Ordenación episcopal. Santa Misa en la Catedral
- Aos dez anos da Ordenación episcopal. Santa Misa na Catedral
- Decreto de reestructuración de las unidades pastorales n.º 1 e 3 del Arciprestazgo de Abeancos
- Decreto de reestruturación das unidades pastorais n.º 1 e 3 do Arciprestado de Abeancos
- Nombramientos
- Ordenación
- Defunciones
- Necrológicas
- Noticias varias



## JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA 2018 **JUBILEO EN NUESTRA SEÑORA DE O CORPIÑO**

Queridas hermanas, queridos hermanos,

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por la señal de la Santa Cruz *las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya* (1Jn 2, 8), ha pasado lo antiguo y ha nacido lo nuevo. Por la cruz ha sido vencido el pecado, por el que estábamos *sin esperanza y sin Dios en el mundo* (Ef 2, 12), lejos del Padre y Creador nuestro; se ha derrotado el odio y la enemistad entre los hombres; quedó abolida la antigua soberbia, que, como una raíz de mentira en el fondo del alma, ha sido origen de tanto mal y sufrimiento, de tanta muerte, desde Adán y Eva.

Y así un día, en esta colina, ante la tempestad que agita y amenaza la vida, la Virgen María dirá al niño asustado que todos somos: haz la señal de la cruz.

Ella sabe bien que el grano caído en tierra, muerto por nosotros, ha resucitado lleno de vida nueva, que en Él, en su cuerpo y alma, habita toda la plenitud de la divinidad, de la vida y el amor eterno del Espíritu Santo. Y Ella participa mejor que nadie en la victoria de su Hijo, lograda en nombre nuestro, para compartir con todos.

Ahora nosotros, en este Santuario, acudimos a la Virgen María en nuestros dolores y dificultades, en primer lugar los del alma, los surgidos del pecado, ciertos de que Ella, la Madre de nuestro Señor, puede vencer cualquier insidia del mal, libranos de todo peligro.

Acudimos como hijos a nuestra Madre, confiados en que sabrá abrazar nuestra miseria, auscultar lo íntimo de nuestro corazón, hacerse nuestra intercesora; y sabemos que no estamos ya solos, que podemos fiarnos de su compañía y de su amparo todos los días.

Esta nueva familiaridad, esta cercanía es el fruto de la Cruz del Señor Jesucristo, que murió por nuestros pecados, que nos mantenían aislados

y solos, insatisfechos con la vida y con nosotros mismos, enemigos unos de otros. En la Cruz nos reveló el corazón del Padre, su voluntad que ya no llegábamos a aceptar: el amor que lo entrega todo por nosotros, con tal alegría de poder abrazar al hijo pródigo que resuena el cielo entero. Es como una palabra dirigida por el Señor a cada uno, que devuelve el ánimo y da calor al corazón: *levantaos, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación* (Lc 21, 28); lo antiguo ha pasado, hay una vida nueva, una esperanza grande.

La Santísima Virgen María quiso aparecerse aquí, en este lugar de O Corpiño, para que se enraizase en esta tierra la certeza de la fe, nuestra confianza en Dios, en el amor de su Hijo crucificado por nosotros, en el gran misterio de la Iglesia, que es instrumento de gracia y perdón, de maternidad —en María— y de fraternidad.

Pero esta colina recibe su nombre de O Corpiño, el de un santo ermitaño, consagrado a Dios, a pedirle y a ofrecerse a Él para que se realice su voluntad buena en la tierra como en el cielo.

La Providencia divina lo honró enviando a la Virgen María, que haría resonar para todos el significado de aquella vida consagrada: por la señal de la Santa Cruz, el antiguo pecado, el enemigo tentador ha sido vencido, y brilla ya lo nuevo, una vida restaurada, animada y guiada por la Palabra del Hijo y por su Espíritu de caridad.

En el pequeño ermitaño alentaba un espíritu grande, hecho de fe, de amor entregado, libre ya de codicia, de violencia y desprecio de los hermanos. Brillaba la vida del nuevo Pueblo de Dios, en el que todos compartimos la misma dignidad de hijos, obedecemos a un mismo Señor, tenemos la misma ley de caridad, estamos llamados a un mismo destino: a la gloria de la santidad, que es participar en la perfección de la vida divina, en la perfección del amor.

Podemos ver hoy a aquel santo monje como representante de todas las personas de vida consagrada, cuya Jornada celebra la Iglesia universal con ocasión de la fiesta de la Presentación del Señor, contemplando precisamente a la Virgen María que presenta y consagra a su Hijo al Padre, y con Él a todos los que hemos sido bautizados en su muerte y resurrección.



Enalteciendo O Corpiño, la Virgen nos invita también a volver la mirada hacia los llamados a especial consagración, que en medio de la Iglesia son para nosotros un testimonio vivo y perenne de esta novedad de vida, de la fe y el amor evangélicos. Sus tres votos o promesas —pobreza, castidad y obediencia— son manifestación de una justicia y una santidad que ya existe, que es posible en este mundo, porque nace de la Santa Cruz, del Señor Jesús que derramó sobre los suyos el Espíritu del Amor.

Los que hemos sido bautizados podemos recordar así la grandeza de nuestra vocación cristiana. No vivimos ya según criterios de este mundo, gobernados por la codicia del dinero, la soberbia y la violencia en las relaciones con el prójimo. Sostenidos y confiados en la gracia de Dios, caminamos fielmente en la compañía de la Iglesia, donde aprendemos a vivir todas las cosas con el criterio nuevo de la caridad, para poder hacer justicia a toda persona, vivir en la verdad cualquier circunstancia. Seguimos *un mandamiento nuevo ... pues las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya*; y brilla en primer lugar y ante todo en la Santísima Virgen María, pero también en el ermitaño y las personas de vida consagrada.

Demos gracias esta Jornada por la presencia y la entrega personal de quienes hacen esta consagración, porque es un don muy grande de Dios para todos nosotros. Nos recuerdan la belleza de nuestra vocación, de nuestra vida; nos dan ejemplo y enseñanza, nos acompañan en el camino. Y al ver cómo florece, en cuantos modos se despliega en ellos la fecundidad del amor divino, del árbol de la Cruz, se refuerza y llena de esperanza nuestra fe en Dios.

Nuestra Señora, la Virgen María, es toda ella obediente, tiene en su Hijo su verdadero tesoro y toda su riqueza, es Virgen aun siendo Madre. En ella no se encuentra pecado alguno, mancha ni arruga, sino que es espléndida y gloriosa ante Dios. En Santa María brilla la gracia generada en la Cruz, se realizan las promesas de vida y de gloria. Ella vence al antiguo enemigo de la naturaleza humana, y es abogada nuestra.

Bajo la Cruz recibió de su Hijo ser también Madre de todos nosotros. Así es el don del Señor, un amor inmenso, divino, y al mismo tiempo plenamente humano, en el que llegamos a ser hijos de Dios y hermanos, una

fraternidad universal, sin límites, sin discriminación por razón de lengua, sexo, nación o situación social. Todos podemos acudir a los pies de la Virgen, que es Madre para todos.

Hoy le pedimos especialmente por las personas de vida consagrada. Que sepamos estimar su presencia y nunca sean forasteras entre nosotros, que su entrega sea fecunda, que crezcan siempre en fidelidad y amor, en alegría.

Se lo pedimos a la Virgen, a la que presentamos también las necesidades de nuestra vida y de nuestros seres queridos. Que ella haga brillar la luz de la caridad en nuestros corazones, en nuestras familias y parroquias. Que nos ampare siempre, nos enseñe a decir que sí a la voluntad del Señor, a la vocación de Dios para cada uno, también cuando sea a una especial consagración o al ministerio sacerdotal.

Sabemos que podemos confiar en nuestra Madre, la Virgen María. Y que siempre nos responderá: haced la señal de la cruz; porque en la Santa Cruz, en su Hijo que nos ama hasta el final, encontraremos todo el bien que necesitamos y deseamos.

+ Alfonso, obispo de  
Lugo

## XORNADA DA VIDA CONSAGRADA 2018 **XUBILEU EN NOSA SEÑORA DE O CORPIÑO**

Queridas irmás, queridos irmáns,

No nome do Pai, do Fillo e do Espírito Santo, polo sinal da Santa Cruz as tebras pasan e a luz verdadeira brilla xa (1Xn 2, 8), pasou o antigo e naceu o novo. Pola cruz foi vencido o pecado, polo que estabamos sen esperanza e sen Deus no mundo (Ef 2, 12), lonxe do Pai e Creador noso; derrotouse o odio e a inimizade entre os homes; quedou abolida a antiga soberbia, que, como unha raíz de mentira no fondo da alma, foi orixe de tanto mal e sufrimento, de tanta morte, desde Adán e Eva.

E así un día, neste outeiro, ante a tempestade que axita e ameaza a vida, a Virxe María dirá ao neno asustado que todos somos: fai o sinal da cruz.

Ela sabe ben que o gran caído en terra, morto por nós, resucitou cheo de vida nova, que nel, no seu corpo e alma, habita toda a plenitude da divindade, da vida e o amor eterno do Espírito Santo. E Ela participa mellor que ninguén na vitoria do seu Fillo, lograda en nome noso, para compartir con todos.

Agora nós, neste Santuario, acudimos á Virxe María nas nosas dores e dificultades, en primeiro lugar os da alma, os xurdidos do pecado, certos de que Ela, a Nai do noso Señor, pode vencer calquera insidia do mal, libranos de todo perigo.

Acudimos como fillos á nosa Nai, confiados en que saberá abrazar a nosa miseria, auscultar o íntimo do noso corazón, facerse a nosa intercesora; e sabemos que non estamos xa sós, que podemos fiarnos da súa compañía e do seu amparo todos os días.

Esta nova familiaridade, esta proximidade é o froito da Cruz do Señor Xesucristo, que morreu polos nosos pecados, que nos mantíñan illados e sós, insatisfeitos coa vida e connosco mesmos, inimigos uns doutros. Na

Cruz revelounos o corazón do Pai, a súa vontade que xa non chegabamos a aceptar: o amor que o entrega todo por nós, con tal alegría de poder abrazar ao fillo pródigo que resoa o ceo enteiro. É como unha palabra dirixida polo Señor a cada un, que devolve o ánimo e dá calor ao corazón: levantádevos, alzade a cabeza, achégase a vosa liberación ( Lc 21, 28); o antigo pasou, hai unha vida nova, unha esperanza grande.

A Santísima Virxe María quixo aparecerse aquí, neste lugar de O Corpiño, para que se enraizase nesta terra a certeza da fe, a nosa confianza en Deus, no amor do seu Fillo crucificado por nós, no gran misterio da Igrexa, que é instrumento de graza e perdón, de maternidade —en María— e de fraternidade.

Pero este outeiro recibe o seu nome de O Corpiño, o dun santo ermitán, consagrado a Deus, a pedirlle e a ofrecerse a El para que se realice a súa vontade boa na terra como no ceo.

A Providencia divina honrouno enviando á Virxe María, que faría resoar para todos o significado daquela vida consagrada: polo sinal da Santa Cruz, o antigo pecado, o inimigo tentador foi vencido, e brilla xa o novo, unha vida restaurada, animada e guiada pola Palabra do Fillo e polo seu Espírito de caridade.

No pequeno ermitán alentaba un espírito grande, feito de fe, de amor entregado, libre xa de cobiza, de violencia e desprezo dos irmáns. Brillaba a vida do novo Pobo de Deus, no que todos compartimos a mesma dignidade de fillos, obedecemos a un mesmo Señor, temos a mesma lei de caridade, estamos chamados a un mesmo destino: á gloria da santidad, que é participar na perfección da vida divina, na perfección do amor.

Podemos ver hoxe a aquel santo monxe como representante de todas as persoas de vida consagrada, cuxa Xornada celebra a Igrexa universal con ocasión da festa da Presentación do Señor, contemplando precisamente á Virxe María que presenta e consagra ao seu Fillo ao Pai, e con El a todos os que fomos bautizados na súa morte e resurrección.

Enaltecendo O Corpiño, a Virxe convídanos tamén a volver a mirada cara aos chamados a especial consagración, que no medio da Igrexa son para nós un testemuño vivo e perenne desta novidade de vida, da fe e o amor evanxélicos. Os seus tres votos ou promesas —pobreza, castidade

e obediencia— son manifestación dunha xustiza e unha santidade que xa existe, que é posible neste mundo, porque nace da Santa Cruz, do Señor Xesús que derramou sobre os seus o Espírito do Amor.

Os que fomos bautizados podemos lembrar así a grandeza da nosa vocación cristiá. Non vivimos xa segundo criterios deste mundo, gobernados pola cobiza do diñeiro, a soberbia e a violencia nas relacións co próximo. Sostidos e confiados na graza de Deus, camiñamos fielmente na compañía da Igrexa, onde aprendemos a vivir todas as cousas co criterio novo da caridade, para poder facer xustiza a toda persoa, vivir na verdade calquera circunstancia. Seguimos un mandamento novo ... pois as tebras pasan e a luz verdadeira brilla xa; e brilla en primeiro lugar e ante todo na Santísima Virxe María, pero tamén no ermitán e as persoas de vida consagrada.

Deamos grazas esta Xornada pola presenza e a entrega persoal de quen fai esta consagración, porque é un don moi grande de Deus para todos nós. Lébrannos a beleza da nosa vocación, da nosa vida; dános exemplo e ensino, acompañannos no camiño. E ao ver como florece, en cantos modos se desprega neles a fecundidade do amor divino, da árbore da Cruz, refórzase e énchese de esperanza a nosa fe en Deus.

A nosa Señora, a Virxe María, é toda ela obediente, ten no seu Fillo o seu verdadeiro tesouro e toda a súa riqueza, é Virxe aínda sendo Nai. Nela non se atopa pecado algún, mancha nin engurra, senón que é espléndida e gloriosa ante Deus. En Santa María brilla a graza xerada na Cruz, realízanse as promesas de vida e de gloria. Ela vence ao antigo inimigo da natureza humana, e é avogada nosa.

Baixo a Cruz recibiu do seu Fillo ser tamén Nai de todos nós. Así é o don do Señor, un amor inmenso, divino, e ao mesmo tempo plenamente humano, no que chegamos a ser fillos de Deus e irmáns, unha fraternidade universal, sen límites, sen discriminación por razón de lingua, sexo, nación ou situación social. Todos podemos acudir aos pés da Virxe, que é Nai para todos.

Hoxe pedímoslle especialmente polas persoas de vida consagrada. Que saibamos estimar a súa presenza e nunca sexan forasteiras entre nós, que a súa entrega sexa fecunda, que crezan sempre en fidelidade e amor, en alegría.

Pedímosllo á Virxe, á que presentamos tamén as necesidades da nosa vida e dos nosos seres queridos. Que ela faga brillar a luz da caridade nos nosos corazóns, nas nosas familias e parroquias. Que nos ampare sempre, nós ensine a dicir que si á vontade do Señor, á vocación de Deus para cada un, tamén cando sexa a unha especial consagración ou ao ministerio sacerdotal.

Sabemos que podemos confiar na nosa Nai, a Virxe María. E que sempre nos responderá: facede o sinal da cruz; porque na Santa Cruz, no seu Fillo que nos ama ata o final, atoparemos todo o ben que necesitamos e desexamos.

+ *Alfonso bispo de Lugo*

## **COMPARTÉ LO QUE IMPORTA**

### ANTE LA 59.ª CAMPAÑA DE MANOS UNIDAS

Queridos hermanos,

El lema de la campaña de Manos Unidas de este año 2018 nos recuerda en primer lugar que no hemos de compartir simplemente lo superfluo, sino ante todo lo que importa: lo que llevamos en el corazón, la inteligencia de la vida y de la sociedad, el ímpetu de nuestro esfuerzo personal.

Esto hacen los miembros de Manos Unidas con su campaña, comunicarnos lo que les preocupa y motiva, lo que provoca que entreguen gratuitamente tiempo de sus vidas y parte de los recursos que poseen.

Al hilo de su testimonio y de sus reflexiones, nosotros mismos somos interpelados, recordamos nuestras convicciones de fe, somos motivados a compartir también preocupaciones, tiempo, recursos. En esta campaña somos invitados, en particular, a ser más conscientes de algunos grandes principios morales de nuestra doctrina social.

En efecto, «que los gobiernos, instituciones internacionales y sociedad civil den prioridad al bien común como objetivo de toda actividad económica» (Manifiesto de Manos Unidas, 2018) es una demanda urgente en nuestro mundo, donde ha caído casi en desuso el término mismo de «bien común»; aunque en él se expresa tanto la victoria sobre el egoísmo y el endiosamiento del dinero, como una inteligencia madura de las dinámicas sociales. Necesitamos recuperar la referencia al bien común en la organización de nuestra vida política, económica y social.

Del mismo modo, es justo también pedir que se promueva el derecho a la alimentación como «condición indispensable para que se puedan cumplir los demás derechos» (Manifiesto 2018).

El acceso a la alimentación es expresión inmediata del derecho a la vida y, por eso, debe ser protegido particularmente. La alimentación no

puede ser abandonada simplemente a las fuerzas del mercado, y no debe convertirse en mero objeto de especulación. La responsabilidad política de gobiernos u otras instituciones en la defensa de los derechos humanos fundamentales exige un tratamiento específico del mercado alimentario, destinado a asegurar a todos el acceso a un bien imprescindible para la subsistencia.

En la prioridad dada al bien de la persona y al bien común se manifiesta para los cristianos la caridad misma, que no puede ser ajena a la verdad (Benedicto XVI) y, por tanto, a la comprensión de la realidad según todos sus factores, con una consideración preferente de las necesidades de los más pobres.

Así pues, tomar mayor conciencia de que la alimentación es parte del derecho primario a la vida y no permitir que se convierta en un producto más del mercado o en objeto de especulación es, sin duda, una forma de ejercer la caridad en la verdad.

Por supuesto, contribuyamos también todos en la medida de nuestras posibilidades en los proyectos que nos proponen en esta campaña, destinados a los varios aspectos de la lucha contra el hambre, esa gran injusticia que sigue presente en nuestro mundo.

Y agradezcamos a Manos Unidas que nos ayude a compartir lo que importa, la inteligencia que nace de la fe también en cuestiones sociales, el compromiso vital y nuestros recursos materiales.

Lugo, 8 de febrero de 2018

+ *Alfonso, obispo de Lugo*



## **COMPARTE O QUE IMPORTA**

### ANTE A 59.<sup>a</sup> CAMPAÑA DE MANS UNIDAS

Queridos irmáns,

O lema da campaña de Mans Unidas deste ano 2018 lémbra-nos en primeiro lugar que non habemos de compartir simplemente o superfluo, senón ante todo o que importa: o que levamos no corazón, a intelixencia da vida e da sociedade, o ímpeto do noso esforzo persoal.

Isto fan os membros de Mans Unidas coa súa campaña, comunicarnos o que lles preocupa e motiva, o que provoca que entreguen gratuitamente tempo das súas vidas e parte dos recursos que posúen.

Ao fío do seu testemuño e das súas reflexións, nós mesmos somos interpelados, lembramos as nosas conviccións de fe, somos motivados a compartir tamén preocupacións, tempo, recursos. Nesta campaña somos convidados, en particular, a ser máis conscientes dalgúns grandes principios morais da nosa doutrina social.

En efecto, «que os gobernos, institucións internacionais e sociedade civil dean prioridade ao ben común como obxectivo de toda actividade económica» (Manifesto de Mans Unidas, 2018) é unha demanda urxente no noso mundo, onde caeu case en desuso o termo mesmo de «ben común»; aínda que nel exprésase tanto a vitoria sobre o egoísmo e o endeusamento do diñeiro, como unha intelixencia madura das dinámicas sociais. Necesitamos recuperar a referencia ao ben común na organización da nosa vida política, económica e social.

Do mesmo xeito, é xusto tamén pedir que se promova o dereito á alimentación como «condición indispensable para que se poidan cumprir os demais dereitos» (Manifesto 2018).

O acceso á alimentación é expresión inmediata do dereito á vida e, por iso, debe ser protexido particularmente. A alimentación non pode ser

abandonada simplemente ás forzas do mercado, e non debe converterse en mero obxecto de especulación. A responsabilidade política de gobernos ou outras institucións na defensa dos dereitos humanos fundamentais esixe un tratamento específico do mercado alimentario, destinado a asegurar a todos o acceso a un ben imprescindible para a subsistencia.

Na prioridade dada ao ben da persoa e ao ben común maniféstase para os cristiáns a caridade mesma, que non pode ser allea á verdade (Bieito XVI) e, por tanto, á comprensión da realidade segundo todos os seus factores, cunha consideración preferente das necesidades dos máis pobres.

Así pois, tomar maior conciencia de que a alimentación é parte do dereito primario á vida e non permitir que se converta nun produto máis do mercado ou en obxecto de especulación é, sen dúbida, unha forma de exercer a caridade na verdade.

Por suposto, contribuíamos tamén todos na medida das nosas posibilidades nos proxectos que nos propoñen nesta campaña, destinados aos varios aspectos da loita contra a fame, esa gran inxustiza que segue presente no noso mundo.

E agradezamos a Mans Unidas que nos axude a compartir o que importa, a intelixencia que nace da fe tamén en cuestións sociais, o compromiso vital e os nosos recursos materiais.

Lugo, 8 de febreiro de 2018

+ Alfonso Lopo de Lugo

## PRÓLOGO DE LA SEMANA SANTA

### **LA FE DE UN PUEBLO**

Para ayudarnos a comprender y vivir mejor esta forma de «piedad popular» que es la celebración de nuestra Semana Santa, puede ser útil escuchar de nuevo al *Papa Francisco*, que, a este respecto, insiste en recordarnos que el Evangelio ha de encarnarse siempre en un pueblo y en una tierra, en una cultura; de hecho, en muchas tierras y en muchas culturas. Porque la cultura no se reduce a folklore; sino que abarca la totalidad de la vida de un pueblo, su forma de relacionarse con todas las cosas, con los hombres y con Dios. La dinámica propia de la Encarnación es la inculturación en el Pueblo de Dios en un tiempo y en un lugar determinado.

Subraya así Francisco, en continuidad con el Vaticano II, el protagonismo del Pueblo de Dios, de la experiencia vivida de todos sus miembros, de una fe abierta al mundo entero y a todas las culturas.

En este horizonte hemos de entender también nosotros esa gran expresión de «religiosidad» popular que es la tradición lucense de la Semana Santa. No se trata simplemente de un conjunto de ejercicios piadosos, complementarios a los grandes gestos litúrgicos de realización de la fe, sino de una forma de vivir el propio ser cristiano en todas sus dimensiones, privadas y públicas, y de manifestar el propio amor por el Evangelio.

Valoremos, pues, las celebraciones de nuestra Semana Santa como la expresión vital de un Pueblo con una identidad precisa y concreta, que no se celebra a sí mismo, sino que tiene en su centro y en su corazón al Señor Jesús y la fe en Él, cuyos pasos en el camino de la Pasión honra, medita y pone ante los ojos de toda nuestra ciudad: su entrega en la Última Cena, su sacrificio en la cruz, la Caridad de su Corazón, acompañado siempre por la Santísima Virgen María, su Madre, unida a Él también en los mayores dolores, la soledad y la angustia, hasta el día de la Resurrección gloriosa.

El conjunto de actos y procesiones que nos proponen estos días nuestras Cofradías tiene un gran valor. Son gestos cargados de fuerza misionera, que significan una presencia propositiva de la fe, de la experiencia y de la cultura cristiana en nuestra ciudad.

Que el Señor les premie su obra a todos los que nos han transmitido la vida de la Iglesia y, en particular, a aquellos que hacen posible esta expresión de nuestra «piedad popular» lucense. Y a nosotros nos dé saber vivir en la fe una Semana Santa más, unidos como Pueblo de Dios, para que nuestra presencia sea en nuestra tierra manifestación visible y palpable de vida buena, de una humanidad que la fidelidad al Evangelio renueva permanentemente en todas sus dimensiones: inteligencia, sensibilidad y corazón.

+ Alfonso, obispo de  
Lugo

## PRÓLOGO DA SEMANA SANTA

### **A FE DUN POBO**

Para axudarnos a comprender e vivir mellor esta forma de «piedade popular» que é a celebración da nosa Semana Santa, pode ser útil escoitar de novo ao Papa Francisco, que, a este respecto, insiste en lembrarnos que o Evanxeo ha de encarnarse sempre nun pobo e nunha terra, nunha cultura; de feito, en moitas terras e en moitas culturas. Porque a cultura non se reduce a folclore; senón que abarca a totalidade da vida dun pobo, a súa forma de relacionarse con todas as cousas, cos homes e con Deus. A dinámica propia da Encarnación é a inculturación no Pobo de Deus nun tempo e nun lugar determinado.

Subliña así Francisco, en continuidade co Vaticano II, o protagonismo do Pobo de Deus, da experiencia vivida de todos os seus membros, dunha fe aberta ao mundo enteiro e a todas as culturas.

Neste horizonte habemos de entender tamén nós esa gran expresión de «relixiosidade» popular que é a tradición lucense da Semana Santa. Non se trata simplemente dun conxunto de exercicios piadosos, complementarios aos grandes xestos litúrxicos de realización da fe, senón dunha forma de vivir o propio ser cristián en todas as súas dimensións, privadas e públicas, e de manifestar o propio amor polo Evanxeo.

Valoremos, pois, as celebracións da nosa Semana Santa como a expresión vital dun Pobo cunha identidade precisa e concreta, que non se celebra a si mesmo, senón que ten no seu centro e no seu corazón ao Señor Xesús e a fe nel, cuxos pasos no camiño da Paixón honra, medita e pon ante os ollos de toda a nosa cidade: a súa entrega na Última Cea, o seu sacrificio na cruz, a Caridade do seu Corazón, acompañado sempre pola Santísima Virxe María, a súa Nai, unida a El tamén nas maiores dores, a soidade e a angustia, ata o día da Resurrección gloriosa.

O conxunto de actos e procesións que nos propoñen estes días as nosas Confrarías ten un gran valor. Son xestos cargados de forza misioneira, que significan unha presenza propositiva da fe, da experiencia e da cultura cristiá na nosa cidade.

Que o Señor lles premie a súa obra a todos os que nos transmitiron a vida da Igrexa e, en particular, a aqueles que fan posible esta expresión da nosa «piedade popular» lucense. E a nós nos dea saber vivir na fe unha Semana Santa máis, unidos como Pobo de Deus, para que a nosa presenza sexa na nosa terra manifestación visible e palpable de vida boa, dunha humanidade que a fidelidade ao Evanxeo renova permanentemente en todas as súas dimensións: intelixencia, sensibilidade e corazón.

+ *Alfonso bispo de Lugo*

## **ADOREMOS A CRISTO REALMENTE PRESENTE EN LA EUCARISTÍA**

### **1. La presencia de Dios**

Uno de los himnos eucarísticos más gozosamente cantados en las grandes fiestas de nuestra Catedral de Lugo y, en general, en los momentos de adoración comienza con las palabras. «Cantemos al Amor de los amores, cantemos al Señor. Dios está aquí, venid adoradores, adoremos a Cristo Redentor».

¡Dios está aquí! En este anuncio, en estas breves palabras se dice lo singular de la adoración eucarística: estar ante la presencia real y verdadera de Dios.

Esta es la afirmación primera, que caracteriza siempre, de modo más o menos explícito, la experiencia del adorador: la cercanía de Dios, su presencia, su visita. Es Dios mismo quien se aproxima y trae consigo toda novedad; su presencia despierta las expectativas más hondas de nuestro ser, la posibilidad de que se cumplan las promesas de la vida, escondidas en el corazón, ya olvidadas o apenas percibidas, por no haber recibido nunca la luz que las puede reavivar.

En la adoración renace la persona, también el hombre moderno, orgulloso de sí y de no confiar en nadie, pero solo, cansado de la dura e inacabable labor. Ante la Eucaristía se realiza el deseo profundo del hombre, bien expresado por Dostoievski: poder inclinarse ante el infinitamente grande, sin ser retenido en los propios límites y por el propio pecado, poder contemplarlo a pesar de lo pequeño de nuestra humanidad.

### **2. La presencia real de Jesucristo el Señor**

Toda la tradición nos enseña que en este Santísimo Sacramento la presencia del Señor tiene una intensidad única; que la Eucaristía contiene lo

absolutamente sagrado, a Jesucristo en cuerpo, alma y persona divina, y no sólo su gracia o una fuerza suya<sup>1</sup>. Podemos encontrarnos con Dios escuchando su Palabra, que nos habla en la Sagrada Escritura, o en el prójimo, sobre todo en nuestros hermanos más pequeños, pobres, hambrientos, heridos; podemos recibir su gracia de muchas maneras, especialmente por el poder santificador de los sacramentos, comenzando por el bautismo. Pero la Eucaristía, en palabras del concilio Vaticano II, «contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de vida, que da vida a los hombres por medio del Espíritu Santo»<sup>2</sup>.

La Iglesia guardó esta conciencia desde el principio como un tesoro. Más adelante, en el contexto del renacimiento carolingio y de los inicios de lo que sería la gran teología universitaria occidental, el debate teológico hizo madurar una reflexión amplia y sistemática sobre lo implicado en estas afirmaciones; y, en concreto, sobre la presencia real de Jesucristo en el sacramento, sobre el cambio que ello significa en la realidad del pan y del vino consagrados, y que fue denominado con el término nuevo, pero adecuado, de «transubstanciación»<sup>3</sup>. El surgir de la adoración eucarística puede considerarse históricamente como un fruto que acompaña esta profundización de la conciencia eclesial.

A la reflexión, la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, por la conversión de la sustancia del pan y del vino en la de su Cuerpo y su Sangre, aparece ciertamente como una obra que sobrepasa toda capacidad humana, al alcance sólo de Dios. De hecho, la explicación teológica había exigido a la razón, de la mano de la fe, el uso de todas sus capacidades, abrirse más allá de sus propios límites.

No obstante, el deseo cada vez más extendido de contemplar y adorar las especies eucarísticas no provenía simplemente de la admiración ante la obra maravillosa, inalcanzable a toda creatura —el milagro— que realiza el Espíritu Santo por medio de las palabras de la consagración que el sacerdote pronuncia en la celebración de la Santa Misa; sino del asombro de quien contempla con los ojos de la fe la realidad de la presencia del mismo

---

1 Cf. St. TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, q. 73

2 PO 5; cf. SAN JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia* 1

3 Cf. CONCILIO DE TRENTO, *Doctrina et canones de sanctissimo missae sacrificio*: DH 1738-1759



Dios, ante las posibilidades que el creyente descubriría en esta cercanía del Señor: si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?<sup>4</sup>

En nuestra Diócesis lucense esta conciencia ha permanecido clara y fuerte a lo largo de los siglos. El «milagro» de la conversión de las especies en el santuario de Santa María a Real de O Cebreiro vino a confirmar una tradición inmemorial, que no quería separar en ningún caso la fe en Dios Padre y en el Señor Jesús de la entrega de su Cuerpo y de su Sangre, de su humanidad resucitada. Nuestro orgullo ha sido profesar aquí con firmeza este misterio de la fe, ser la Diócesis y la Ciudad del Sacramento.

Hoy día, sin embargo, estas afirmaciones de la gran tradición cristiana pueden parecer cuestionables a muchos. Ciertamente, en otras religiones y culturas se habla de un actuar divino en el mundo; pero, ¿podemos nosotros ir más allá y seguir presentando a la Eucaristía como sacramento de la verdadera presencia de Dios, en todo el sentido de la palabra?

Grandes corrientes de nuestra cultura moderna afirman insistentemente que no se ven signos de tal presencia de Dios entre nosotros, que no se percibe un poder divino que actúe y cambie las cosas en el mundo, que el hombre ha de vivir como si Dios no existiese, y que, de hecho, en el mundo y en la historia no se lo encuentra, sino que todo es obra de un poder humano cada vez más articulado y fuerte.

Así, para adecuarse al mundo actual, ser mejor aceptado y facilitar el diálogo con sus contemporáneos, el cristiano puede ser tentado de reducir el significado de la presencia real en la Eucaristía, de situarla al nivel de otros signos, símbolos y tradiciones que nos hablan de Dios, que nos recuerdan a Cristo y su enseñanza, que potencian momentos de encuentro y fraternidad, de modo semejante a lo que puede suceder en otros términos en otras religiones.

Pero con ello se pone en cuestión la identidad y la obra misma de Jesucristo, y la relación del hombre con Él. Pues el sacramento de la Eucaristía es la forma escogida por Cristo mismo para garantizar su presencia en medio de la historia, como Lugo siempre ha testimoniado en el corazón de Galicia.

De hecho, la Iglesia no ha cesado nunca de anunciar esta verdad profunda, que fundamenta su identidad: en el don de la Eucaristía, Jesucristo

---

4 Cf. *Rm* 8, 31

amó a los suyos hasta el extremo, entregándoles su cuerpo y su sangre, e «instituyó una misteriosa contemporaneidad» entre su misterio pascual y «el transcurrir de los siglos»<sup>5</sup>; de modo que «desde aquel momento y hasta el fin de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros»<sup>6</sup>.

### **3. El mismo Jesús nacido de María, muerto en la cruz**

La adoración eucarística es expresión pura de la fe cristiana, surge de la fe como el florecer del primer instante, el abrirse de los ojos asombrados y del corazón conmovido, que forman siempre y perpetuamente el despertar y el vivir de la fe.

Porque la fe es fe en Jesucristo. Por Él y por su palabra creemos en la Eucaristía; Él la instituyó y encomendó a sus apóstoles su celebración, hasta que vuelva. La Iglesia, el Pueblo de la Nueva Alianza, obedeció fielmente su mandato hasta hoy, todos los días de su historia<sup>7</sup>.

También hoy insiste el concilio Vaticano II en recordarnos que «la Iglesia, desde la tradición apostólica que tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que se llama con razón ‘día del Señor’ o domingo. Así pues, en este día los fieles deben reunirse, para, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recordar la pasión, resurrección y gloria del Señor Jesús y dar gracias a Dios, que los hizo renacer a la esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (1Pe 1, 3). Por consiguiente el domingo es la fiesta primordial que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles... No debe anteponerse a ésta ninguna otra solemnidad, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico»<sup>8</sup>.

La obediencia a la intención, los gestos y palabras del Señor, ha determinado conscientemente desde el inicio la forma de la fe y de la vida cristiana, la celebración eucarística<sup>9</sup>. También la adoración tiene su funda-

5 *Ecclesia de Eucharistia*, 5b

6 *Ib.*, 21c

7 *Ib.*, 1

8 Concilio VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 106

9 Cf., por ejemplo, S. CIPRIANO, *Carta* 63

mento en las palabras del Señor. Se trata, en primer lugar, de las palabras de la «institución», de los gestos de Cristo en la Última Cena. Pero estas palabras tienen su contexto propio, el único en el que pueden ser bien entendidas, en el conjunto de la vida y la misión de Jesús, tal como lo presenta el testimonio apostólico.

Sería un error pensar que la fe en la presencia real, la devoción eucarística, puede vivir y desarrollarse fundamentada en las solas afirmaciones dogmáticas de la «conversión de las sustancias», sin relación con las perspectivas bíblicas y particularmente evangélicas.

De hecho, la crítica a la fe y a la piedad eucarística tradicional ha insistido frecuentemente en la contraposición entre las teorías teológicas que la fundamentan, que estarían enraizadas en el pensamiento filosófico griego, y el mundo y la enseñanza de la Escritura, en el que se situaría en particular la figura histórica de Jesús.

Sin embargo, la mejor teología bíblica ha mostrado que no hay oposición alguna entre la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía y su vida y misión histórica en el mundo.

En efecto, la Última Cena, en sus gestos y palabras singulares, puede ser vista como la síntesis de la misión de Jesús al servicio de la venida del Reino de Dios. En aquel momento culminante de su destino, cuando va a morir en la cruz, el Señor reafirma su amor y confianza inquebrantable en el Padre, anuncia el Reino ya próximo y la resurrección de los muertos, y ofrece participación en ello a los representantes de todo el pueblo de la Alianza. Así, Jesús manifiesta de modo particular la unión radical entre la venida del Reino y su misma persona.

De hecho, para los discípulos, la experiencia de la cercanía del Reino y la esperanza de su venida futura dependía desde el inicio de la presencia de Jesús; Él mismo, con sus hechos y palabras, había asociado estrechamente el Reino con su destino personal<sup>10</sup>. Esta singularidad incomparable de Jesús no permitía que su persona desapareciese, fuese sustituida o separada de algún modo del anuncio de la venida del Reino. Se comprende así la ca-

---

<sup>10</sup> Esto puede observarse también en las comidas celebradas con Jesús: en ellas el criterio de participación era la relación con Jesús mismo, y la comunión con el Dios de la Alianza, que necesariamente implicaban para el judío piadoso, era hecha posible asimismo para publicanos y pecadores por la presencia de Jesús, que hace presente la misericordia del Padre, incluso en el gesto implícito del perdón de los pecados. Cf., por ej., *Mc* 2, 15-17 par; *Lc* 7, 36-50; 19, 5-10.

tástrofe que podía significar su muerte para los discípulos y el significado definitivo de su resurrección. Sin ella, toda la historia de Jesús se hubiese quedado en un episodio profético más del judaísmo<sup>11</sup> y la Eucaristía cristiana no hubiese existido. La resurrección, en cambio, confirma definitivamente la verdad de la misión de Cristo y la vinculación de sus discípulos con Él.

La comprensión católica de una presencia real en los dones de la Última Cena se corresponde, pues, profundamente a los datos históricos: Jesús quiere ofrecer a los hombres los bienes escatológicos del Reino, en los que se participa aceptando entrar en aquella forma de unidad con Él que, cumpliendo su misión, hizo posible a los hombres. Esta comunión nueva y extraordinaria es originada sólo por la persona de Jesús, en la forma que Él determina con la entrega de su cuerpo y de su sangre, como participación en su misma humanidad.

La afirmación creyente de la presencia real salvaguarda ante todo el significado insustituible de la persona y de la misión de Jesús. En este sentido, cabría proponer incluso una cierta analogía entre la lucha apasionada al inicio del segundo milenio por afirmar la presencia real del Señor en la Eucaristía —aun a costa de defenderla en términos provenientes de la filosofía griega, como «sustancia» y «accidentes»— y el esfuerzo primero por defender la verdadera filiación divina de Jesucristo contra la herejía arriana. Estaba en juego de nuevo el fundamento de la economía de la salvación: nada puede sustituir la comunión en la humanidad del Verbo hecho carne. No se podía ceder en la defensa de esta presencia real de Cristo, pleno e íntegro, en toda su humanidad y divinidad, en el sacramento de la Eucaristía, sin poner en cuestión la naturaleza de la relación con Él, el origen mismo de la identidad de la Iglesia.

Se comprende así la insistencia, que culmina en Trento, en «la excelencia de la santísima Eucaristía sobre los demás sacramentos», y el significado radical de la consagración de las formas, por la que antes incluso de su administración al fiel, antes de todo uso, el autor mismo de la santidad está presente en ella<sup>12</sup>.

---

11 Cf. M. HENGEL, »Der stellvertretende Sühnetod Jesu. Ein Beitrag zur Entstehung des christlichen Kerygmas»: *IkaZ* 23 (1980) 20-21.

12 *Decretum de sanctissimo Eucharistiae sacramento*, cap. 3; canon 4: DH 1639.1654. Cf. también, por ej., TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, q. 73, a. 1 ad 3

En la adoración de la Eucaristía, por tanto, la Iglesia vive y defiende el realismo de la Encarnación, la vinculación definitiva de la salvación y la vida eterna con la presencia histórica del Verbo hecho carne.

Estas perspectivas, profundamente bíblicas, son testimoniadas con claridad en el sexto capítulo de Juan: Quien cree en Jesús como enviado del Padre, quien acepta que el Logos, el Hijo de Dios se ha hecho carne (*sarx*), que es el pan de vida bajado del cielo (*manducatio spiritualis*) aceptará la entrega por Jesús de su carne como el principio de la vida del mundo (*manducatio sacramentalis*). La insistencia es profundamente realista: en la Eucaristía se trata de la presencia verdadera de la carne y de la sangre, como don propio de Cristo a los hombres<sup>13</sup>; y su fruto es la participación en la vida eterna, que sólo es posible en Jesucristo, permaneciendo en Él, viviendo de su vida, como Él vive por el Padre<sup>14</sup>.

La fe cristiana plena en el Verbo hecho carne implica, pues, la acogida de Jesucristo según la forma histórica en que él ha realizado su misión y ha llamado a los hombres a su seguimiento y a la comunión con Él, y que pone de manifiesto en la Última Cena. Por el contrario, no se acogerá plenamente la Palabra de Dios cuando no se acepte la comunicación de sí que Jesús ofrece gratuitamente en el don de su cuerpo y de su sangre<sup>15</sup>.

La adoración eucarística no puede subsistir tampoco alejada del conocimiento de la figura histórica de Jesucristo, de los rasgos sustanciales de su misión, de la escucha de sus palabras, con las que Él mismo ilumina la voluntad de Dios y el corazón del hombre, e indica el camino de la salvación.

La contemplación de la Eucaristía es contemplación del Señor, memoria viva de su Persona, de su palabra y de su misión histórica. Es acogida de la

---

13 Cf.: «Wer [docetas gnósticos] den Empfang des Fleisches und Blutes Jesu ablehnt, leugnet seine Inkarnation (*sarx*) und seinen blutigen Kreuzestod (*haima*). Die Eucharistie bezeugt den Kreuzestod Jesu als die unvergängliche und unaufhebbare Quelle des Heils ... und den geschichtlichen Erlöser, der im Fleisch gekommen ist» (R. SCHNACKENBURG, *Das Joahnnesevangelium*, II [Freiburg-Basel-Wien 1971] 91). La mayoría de los autores comprenden la terminología usada (comer y beber, verdadera comida y bebida) como una interpretación realista de las afirmaciones de los relatos de la Cena, queriendo evitar todo posible docetismo.

14 Cf. *Jn* 6, 54.56-58.

15 Se comprende así la insistencia de Dominus Iesus (17b) en vincular la forma plena de la Iglesia con la presencia del sacramento de la Eucaristía; cf. A. CARRASCO ROUÇO, «Unicidad y unidad de la Iglesia en la declaración 'Dominus Iesus'»: *RET* 61 (2001) 344-345.

Palabra de Dios en toda la plenitud de su comunicación y, por tanto, de la Sagrada Escritura, que, escuchada en el seno de la Iglesia, ha de resonar y acompañar siempre la oración de adoración.

#### **4. El Salvador del mundo**

La presencia sustancial de Cristo en el sacramento de la Eucaristía no puede separarse de la forma concreta en que Él ha llevado a cumplimiento su misión, es decir del sacrificio de la cruz. Se comprende así la enseñanza insistente de la Iglesia, especialmente a partir de la Reforma y el Concilio de Trento, que la santa Misa hace presente el sacrificio expiatorio de Cristo en la forma del memorial sacramental.

El privilegio de la indulgencia plenaria, perpetua y cotidiana, concedida a quien adore al Santísimo en nuestra Catedral, nos invita a guardar ante los ojos este misterio del sacrificio redentor, que da esperanza a todo fiel y hace posible que se atreva a acercarse al Señor de cielo y tierra, en aquella misma actitud del publicano que Jesús alabó en su parábola: no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador<sup>16</sup>.

También la adoración, que es hecha posible por la certeza de la presencia real de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, será siempre, en su núcleo mismo, reconocimiento y acogida personal del misterio de la redención; y, por tanto, será siempre también un gesto de acción de gracias al Padre, a quien Cristo quiere presentar un universo y una humanidad salvadas.

En efecto, la profundidad de este sacrificio de Cristo, sólo se desvela a partir de su relación personal con el Abba, como enseña claramente el testimonio evangélico. Si se olvida que Jesús se entrega al Padre en obediencia plena a su voluntad, no se entiende bien ni su Persona ni su obra. Pues la cruz sólo puede ser aceptada y convertirse en fundamento de la fe, cuando se reconoce en ella la manifestación máxima del amor de Dios: amor de Dios Padre, que «entrega» al Hijo, pues le permite ir hasta la obediencia absoluta de la pobreza y de la disponibilidad, que significará llevar el pecado de muchos<sup>17</sup>; y amor del Hijo, que por amor se identifica

---

16 Lc 18, 13

17 Is 53, 11-12.

con los pecadores<sup>18</sup> y cumple así en libertad la voluntad del Padre de salvar al hombre, de abrirle el camino de la vida eterna.

El sacrificio de Jesucristo es radicalmente expresión de su unidad con la voluntad del Padre, y la acción de gracias definitiva por todos sus dones: por la vida y la creación, por sus beneficios incontables y, sobre todo, por su propia misión personal, por el Reino prometido y que el Padre va a entregar a los hombres por el camino de la cruz y la resurrección de Cristo.

Con su persona y con su sacrificio, presente en el memorial eucarístico, Jesús habla y conduce siempre al Padre, introduce al creyente en la unidad con el Padre, en un mismo Espíritu.

En la Eucaristía encuentran los hombres la gracia que conduce la vida y el universo a su verdad definitiva, la «prenda de la vida futura»<sup>19</sup>; y el fiel adora a Jesucristo como el verdadero Señor del mundo y de la historia, dando gracias al Padre por la inmensidad de sus dones, ante todo por la entrega y el sacrificio de su Hijo.

Contemplando el misterio presente en las especies consagradas, el hombre contempla el Amor de Dios que viene a salvarlo, se acerca a la fuente que mana y corre, al corazón de la Trinidad.

## 5. El don supremo de la comunión

La Encarnación tenía como objeto conducir al género humano a la comunión con Dios —inalcanzable para el hombre— por la vía de la humanidad del Hijo eterno. Este designio alcanza en el misterio pascual su forma plena y definitiva; pues en la cruz y la resurrección se desvelan las últimas consecuencias de la ascensión por Cristo de la naturaleza humana pecadora, destinada a la muerte. Jesucristo muere llevando el peso de los pecados del mundo y, desde este punto de vista, su sacrificio es la manifestación suprema de la comunión en la que ha querido entrar con el hombre. Pero Cristo asume lo nuestro, nuestra naturaleza caída, para que el hombre pueda participar de lo suyo, la naturaleza humana conducida a la gloria de la plena comunión con el Dios salvador. En esta perspectiva, la comunión que Cristo ofrece a los hombres aparece como la verdad profunda de su sacrificio.

18 Cf. *Hb* 2, 11-15.

19 *Ecclesia de Eucharistia*, 18

De hecho, en la Última Cena, Jesucristo entrega plenamente lo suyo a sus discípulos, su cuerpo y su sangre, y la oblación de su vida al Padre como única vía de salvación. Ciertamente, este sacrificio de Jesucristo — cumplido en el Triduo pascual— es único e insustituible, singular y definitivo; pero Jesús ha querido donarlo igualmente a los suyos como expresión plena de la comunión a la que los llama. El don de Cristo en la Cena es realmente Él mismo, con toda su presencia y con toda su obra, que culmina en su oblación de la propia humanidad al Padre.

En la celebración de la Eucaristía, la Iglesia ofrece pues al Padre el mismo y único sacrificio de Jesucristo; no quiere presentarse ante Él con ningún otro sacrificio diferente, sino reconociendo su propia salvación y su propia vida en el de Cristo. Unirse así a Cristo, haciendo propio su sacrificio único, es ratificar personalmente la voluntad y los designios del Padre, manifestados en la ofrenda de sí mismo que Cristo le presenta para la salvación del mundo.

La dimensión existencial del sacrificio que la Iglesia presenta al Padre es, pues, la acogida de la misión histórica de Cristo; es decir, la acogida de la comunión que Él dona y establece en su cuerpo y en su sangre.

En la adoración eucarística cada fiel se une a este sacrificio de la Iglesia, se ofrece a sí mismo en el modo agradable al Padre: a través del gesto mismo de la fe, que se adhiere verdaderamente a Jesucristo como Aquel en quien y por quien viene el Reino de Dios al mundo, como el único nombre en que es posible salvarse<sup>20</sup>.

Con su gesto de adoración, el fiel reconoce que no es posible sustituir la relación con Jesucristo, la unidad en Él, con ninguna otra acción ética o religiosa; es decir, abandona la pretensión de una propia justicia<sup>21</sup>, de poder alcanzar con las solas fuerzas humanas la perfección y la gloria, y se pone en manos de Cristo.

Pero el verdadero núcleo existencial de este sacrificio no radica en el reconocimiento de la propia incapacidad para alcanzar la salvación, sino,

---

20 Cf. *Hch* 4, 12.

21 Cf., por ej., *Flp* 3, 3-11. En el mismo sentido comenta AGUSTÍN: «Ac per hoc qui esurit hunc panem, esuriat iustitiam; sed iustitiam quae de caelo descendit, iustitiam quam dat Deus, non quam sibi facit homo (...) Inde erant istit qui panem de caelo descendentem non intelligebant, quia sua iustitia saturati, iustitiam Dei non esuriebant» (In Iohannis Evangelium, XXVI, 1).



en primer lugar, en la adhesión y la obediencia a Cristo, aun cuando su misión exija la oblación de la cruz. Por ello, ha podido decirse que el asentimiento de María, pronunciado bajo la cruz como expresión suprema de fe y amor de la criatura al Hijo, constituye —y asegura— la forma perfecta de la participación de la Iglesia y del cristiano en el sacrificio de Cristo<sup>22</sup>.

También la adoración eucarística encuentra su realización y su modelo perfecto en este asentimiento de la Madre dolorosa, que contemplaba al Hijo en el don plenamente verdadero de su cuerpo y de su sangre, que permaneciendo al pie de la cruz no quería dejar de seguir unida a Él, que con todo su corazón participaba de su dolor y de su destino, de su amor y de su entrega en manos del Padre.

En silencio ante el Santísimo Sacramento, el fiel cristiano se une al sí de María, a su fe y su unidad inquebrantable con el Hijo, manifestada radicalmente al pie de la cruz. La adoración eucarística se dirige también al Hijo, realmente presente en las formas consagradas, asiente y se une a la entrega sacrificial de su cuerpo y de su sangre, lo reconoce como el Dios-con-nosotros y el único Salvador. La adoración es expresión pura de la fe, que supera el escándalo de la encarnación y de la cruz, en obediencia al designio de Dios; y es expresión del amor y de la gratitud al Padre, que ha querido poner a nuestro alcance en la humanidad de su Hijo todos los tesoros de la vida y de la gloria.

En pocas palabras, la adoración, en sus muchas formas, es parte intrínseca de toda celebración de la Eucaristía<sup>23</sup>. Y expresa particularmente bien el asombro, la ternura, el agradecimiento sin límites que acompaña a la verdadera fe en Jesucristo el Salvador, al reconocimiento del amor inmenso de Dios.

La presencia de la adoración eucarística en la Iglesia es, sin duda alguna, un fruto del actuar más propio del Espíritu Santo, el Único que verdaderamente sabe gustar y admirar con todo el corazón, dar a entender y a gozar la belleza del amor del Padre y del Hijo, revelado a nuestros ojos en su designio salvífico y expresado en la Eucaristía. El espíritu de la verdadera adoración es el Espíritu del Amor, es el Espíritu Santo.

---

22 Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Die Messe, ein Opfer der Kirche?* in: *Id.*, «*Spiritus Creator*», Einsiedeln 1967, 201 ss.

23 «*Nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit*»: S. AGUSTIN, *Enarrationes in Psalmos*, 98, 9 (CCL XXXIX 1385). Cf. BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 66

## Conclusión

Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura»<sup>24</sup>.

Toda reflexión y toda devoción eucarística ha de conservar siempre su mirada dirigida a la «misteriosa contemporaneidad» de Jesucristo, de lo acontecido en el Triduo Pascual, a la que es introducido el hombre en la celebración del sacramento<sup>25</sup>.

Tal intensidad única de la presencia del Señor en el misterio de la Eucaristía hace surgir el asombro en el creyente, como actitud primera. Este asombro, entreverado de gratitud y de alegría, permanece siempre en el corazón de la fe verdadera y conduce a la adoración, ante el don completamente desproporcionado del Hijo eterno, ante el amor inmenso e inexplicable del Señor, que se abaja, lava los pies, entrega su vida en rescate por cada uno de nosotros, y que además, en el memorial eucarístico, instituye el modo en que este amor y esta obra suya permanecen siempre presentes y vivos, contemporáneos a los hombres hasta el fin de los tiempos.

Ante este Misterio, la razón humana experimenta su propia limitación, pero, concluye San Juan Pablo II, «el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites»<sup>26</sup>.

+ Alfonso, obispo de Lugo

24 Concilio VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 47

25 *Ecclesia de Eucharistia*, 59a

26 *Ib.*, 62b

## **ADOREMOS A CRISTO REALMENTE PRESENTE NA EUCARISTÍA**

### **1. A presenza de Deus**

Un dos himnos eucarísticos máis gozosamente cantados nas grandes festas da nosa Catedral de Lugo e, en xeral, nos momentos de adoración comeza coas palabras. «Cantemos ao Amor dos amores, cantemos ao Señor. Deus está aquí, vide adoradores, adoremos a Cristo Redentor».

Deus está aquí! Neste anuncio, nestas breves palabras dise o singular da adoración eucarística: estar ante a presenza real e verdadeira de Deus.

Esta é a afirmación primeira, que caracteriza sempre, de modo máis ou menos explícito, a experiencia do adorador: a proximidade de Deus, a súa presenza, a súa visita. É Deus mesmo quen se aproxima e trae consigo toda novidade; a súa presenza esperta as expectativas máis fondas do noso ser, a posibilidade de que se cumpran as promesas da vida, escondidas no corazón, xa esquecidas ou apenas percibidas, por non recibir nunca a luz que as pode reavivar.

Na adoración renace a persoa, tamén o home moderno, orgulloso de si e de non confiar en ninguén, pero só, cansado do duro e inacabable labor. Ante a Eucaristía realízase o desexo profundo do home, ben expresado por Dostoievski: poder inclinarse ante o infinitamente grande, sen ser retido nos propios límites e polo propio pecado, poder contemplalo a pesar do pequeno da nosa humanidade.

### **2. A presenza real de Xesucristo o Señor**

Toda a tradición ensínanos que neste Santísimo Sacramento a presenza do Señor ten unha intensidade única; que a Eucaristía contén o absoluta-

mente sacro, a Xesucristo en corpo, alma e persoa divina, e non só a súa graza ou unha forza súa<sup>1</sup>. Podemos atoparnos con Deus escoitando a súa Palabra, que nos fala na Sagrada Escritura, ou no próximo, sobre todo nos nosos irmáns máis pequenos, pobres, fementos, feridos; podemos recibir a súa graza de moitas maneiras, especialmente polo poder santificador dos sacramentos, comezando polo bautismo. Pero a Eucaristía, en palabras do concilio Vaticano II, «contén todo o ben espiritual da Igrexa, Cristo mesmo, a nosa Pascua e Pan de vida, que dá vida aos homes por medio do Espírito Santo»<sup>2</sup>.

A Igrexa gardou esta conciencia desde o principio como un tesouro. Máis adiante, no contexto do renacemento carolinxio e dos inicios do que sería a gran teoloxía universitaria occidental, o debate teolóxico fixo madurar unha reflexión ampla e sistemática sobre o implicado nestas afirmacións; e, en concreto, sobre a presenza real de Xesucristo no sacramento, sobre o cambio que iso significa na realidade do pan e do viño consagrados, e que foi denominado co termo novo, pero adecuado, de «transubstanciación»<sup>3</sup>. O xurdir da adoración eucarística pode considerarse historicamente como un froito que acompaña esta profundización da conciencia eclesial.

Á reflexión, a presenza real de Cristo nas especies eucarísticas, pola conversión da substancia do pan e do viño na do seu Corpo e o seu Sangue, aparece certamente como unha obra que excede toda capacidade humana, ao alcance só de Deus. De feito, a explicación teolóxica esixiu á razón, da man da fe, o uso de todas as súas capacidades, abrirse máis aló dos seus propios límites.

Con todo, o desexo cada vez máis estendido de contemplar e adorar as especies eucarísticas non proviña simplemente da admiración ante a obra marabillosa, inalcanzable a toda creatura —o milagre— que realiza o Espírito Santo por medio das palabras da consagración que o sacerdote pronuncia na celebración da Santa Misa; senón do asombro de quen contempla cos ollos da fe a realidade da presenza do mesmo Deus, ante as

---

1 Cf. ST. TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, q. 73

2 PO 5; cf. SAN XOÁN PAULO II, *Ecclesia de Eucharistia* 1

3 Cf. CONCILIO DE TRENTO, *Doctrina et canones de sanctissimo missae sacrificio*: DH 1738-1759

posibilidades que o crente descubriría nesta proximidade do Señor: se Deus está connosco, quen contra nós?<sup>4</sup>

Na nosa Diocese lucense esta conciencia permaneceu clara e forte ao longo dos séculos. O «milagre» da conversión das especies no santuario de Santa María a Real de O Cebreiro veu confirmar unha tradición inmemorial, que non quería separar en ningún caso a fe en Deus Pai e no Señor Xesús da entrega do seu Corpo e do seu Sangue, da súa humanidade resucitada. O noso orgullo foi profesar aquí con firmeza este misterio da fe, ser a Diocese e la Cidade do Sacramento.

Hoxe en día, con todo, estas afirmacións da gran tradición cristiá poden parecer cuestionables a moitos. Certamente, noutras relixións e culturas fábase dun actuar divino no mundo; pero, podemos nós ir máis aló e seguir presentando á Eucaristía como sacramento da verdadeira presenza de Deus, en todo o sentido da palabra?

Grandes correntes da nosa cultura moderna afirman insistentemente que non ven signos de tal presenza de Deus entre nós, que non se percibe un poder divino que actúe e cambie as cousas no mundo, que o home ha de vivir coma se Deus non existise, e que, de feito, no mundo e na historia non o atopa, senón que todo é obra dun poder humano cada vez máis articulado e forte.

Así, para adecuarse ao mundo actual, ser mellor aceptado e facilitar o diálogo cos seus contemporáneos, o cristián pode ser tentado de reducir o significado da presenza real na Eucaristía, de situala ao nivel doutros signos, símbolos e tradicións que nos falan de Deus, que nos lembran a Cristo e o seu ensino, que potencian momentos de encontro e fraternidade, de modo semellante ao que pode suceder noutros termos noutras relixións.

Pero con iso ponse en cuestión a identidade e a obra mesma de Xesucristo, e a relación do home con El. Pois o sacramento da Eucaristía é a forma escollida por Cristo mesmo para garantir a súa presenza no medio da historia, como Lugo sempre testemuñou no corazón de Galicia.

De feito, a Igrexa non cesou nunca de anunciar esta verdade profunda, que fundamenta a súa identidade: no don da Eucaristía, Xesucristo amou aos seus ata o extremo, entregándolles o seu corpo e o seu sangue, e «ins-

---

4 Cf. *Rm* 8, 31

tituíu unha misteriosa contemporaneidade» entre o seu misterio pascual e «o transcórren dos séculos»<sup>5</sup>; de modo que «desde aquel momento e ata o fin dos séculos, a Igrexa edifícase a través da comunión sacramental co Fillo de Deus inmolado por nós»<sup>6</sup>.

### 3. O mesmo xesús nacido de María, morto na cruz

A adoración eucarística é expresión pura da fe cristiá, xorde da fe como o florecer do primeiro instante, o abrirse dos ollos asombrados e do corazón conmovido, que forman sempre e perpetuamente o espertar e o vivir da fe.

Porque a fe é fe en Xesucristo. Por El e pola súa palabra cremos na Eucaristía; El instituíua e encomendou aos seus apóstolos a súa celebración, ata que volva. A Igrexa, o Pobo da Nova Alianza, obedeceu fielmente o seu mandato ata hoxe, todos os días da súa historia<sup>7</sup>.

Tamén hoxe insiste o concilio Vaticano II en lembrarnos que «a Igrexa, desde a tradición apostólica que ten a súa orixe no mesmo día da resurrección de Cristo, celebra o misterio pascual cada oito días, no día que se chama con razón 'día do Señor' o domingo. Así pois, neste día os fieis deben reunirse, para, escoitando a palabra de Deus e participando na Eucaristía, lembrar a paixón, resurrección e gloria do Señor Xesús e dar grazas a Deus, que os fixo renacer á esperanza viva pola resurrección de Xesucristo de entre os mortos (1Pe 1, 3). Por conseguinte o domingo é a festa primordial que debe presentarse e inculcarse á piedade dos fieis ... Non debe antepoñerse a esta ningunha outra solemnidade, posto que o domingo é o fundamento e o núcleo de todo o ano litúrxico»<sup>8</sup>.

A obediencia á intención, os xestos e palabras do Señor, determinou conscientemente desde o inicio a forma da fe e da vida cristiá, a celebración eucarística<sup>9</sup>. Tamén a adoración ten o seu fundamento nas palabras do Señor. Trátase, en primeiro lugar, das palabras da «institución», dos

5 *Ecclesia de Eucharistia*, 5b

6 *Ib.*, 21c

7 *Ib.*, 1

8 Concilio VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 106

9 Cf., por exemplo, S. CIPRIANO, *Carta* 63

xestos de Cristo na Última Cea. Pero estas palabras teñen o seu contexto propio, o único no que poden ser ben entendidas, no conxunto da vida e a misión de Xesús, tal como o presenta o testemuño apostólico.

Sería un erro pensar que la fe na presenza real, a devoción eucarística, pode vivir e desenvolverse fundamentada nas soas afirmacións dogmáticas da «conversión das sustancias», sen relación coas perspectivas bíblicas e particularmente evanxélicas.

De feito, a crítica á fe e á piedade eucarística tradicional insistiu frecuentemente na contraposición entre as teorías teolóxicas que a fundamentan, que estarían enraizadas no pensamento filosófico grego, e o mundo e o ensino da Escritura, no que se situaría en particular a figura histórica de Xesús.

Con todo, a mellor teoloxía bíblica mostrou que non hai oposición algunha entre a fe na presenza real de Cristo na Eucaristía e a súa vida e misión histórica no mundo.

En efecto, a Última Cea, nos seus xestos e palabras singulares, pode ser vista como a síntese da misión de Xesús ao servizo da vinda do Reino de Deus. Naquel momento culminante do seu destino, cando vai morrer na cruz, o Señor reafirma o seu amor e confianza inquebrantable no Pai, anuncia o Reino xa próximo e a resurrección dos mortos, e ofrece participación niso aos representantes de todo o pobo da Alianza. Así, Xesús manifesta de modo particular a unión radical entre a vinda do Reino e a súa mesma persoa.

De feito, para os discípulos, a experiencia da proximidade do Reino e a esperanza da súa vinda futura dependía desde o inicio da presenza de Xesús; El mesmo, cos seus feitos e palabras, asociara estreitamente o Reino co seu destino persoal<sup>10</sup>. Esta singularidade incomparable de Xesús non permitía que a súa persoa desaparecese, fose substituída ou separada dalgún modo do anuncio da vinda do Reino. Compréndese así a catástrofe que podía significar a súa morte para os discípulos e o significado

---

10 Isto pode observarse tamén nas comidas celebradas con Xesús: nelas o criterio de participación era a relación con Xesús mesmo, e a comunión co Deus da Alianza, que necesariamente implicaban para o xudeu piadoso, era feita posible así mesmo para publicanos e pecadores pola presenza de Xesús, que fai presente a misericordia do Pai, mesmo no xesto implícito do perdón dos pecados. Cf., por ex., *Mc* 2, 15-17 par; *Lc* 7, 36-50; 19, 5-10.

definitivo da súa resurrección. Sen ela, toda a historia de Xesús quedaría nun episodio profético máis do xudaísmo<sup>11</sup> e a Eucaristía cristiá non tería existido. A resurrección, en cambio, confirma definitivamente a verdade da misión de Cristo e a vinculación dos seus discípulos con El.

A comprensión católica dunha presenza real nos dons da Última Cea correspóndese, pois, profundamente aos datos históricos: Xesús quere ofrecer aos homes os bens escatolóxicos do Reino, nos que se participa aceptando entrar naquela forma de unidade con El que, cumprindo a súa misión, fixo posible aos homes. Esta comunión nova e extraordinaria é orixinada só pola persoa de Xesús, na forma que El determina coa entrega do seu corpo e do seu sangue, como participación na súa mesma humanidade.

A afirmación crente da presenza real salvagarda ante todo o significado insubstituíble da persoa e da misión de Xesús. Neste sentido, cabería propoñer mesmo una certa analoxía entre a loita apaixonada ao comezo do segundo milenio por afirmar a presenza real do Señor na Eucaristía —aínda á conta de defendela en termos provenientes da filosofía grega, como «sustancia» e «accidentes»— e o esforzo primeiro por defender a verdadeira filiación divina de Xesucristo contra a herexía arriana. Estaba en xogo de novo o fundamento da economía da salvación: nada pode substituír a comunión na humanidade do Verbo feito carne. Non se podía ceder na defensa desta presenza real de Cristo, pleno e íntegro, en toda a súa humanidade e divindade, no sacramento da Eucaristía, sen poñer en cuestión a natureza da relación con El, a orixe mesma da identidade da Igrexa.

Compréndese así a insistencia, que culmina en Trento, en «a excelencia da santísima Eucaristía sobre os demais sacramentos», e o significado radical da consagración das formas, pola que antes mesmo da súa administración ao fiel, antes de todo uso, o autor mesmo da santidad está presente nela<sup>12</sup>.

Na adoración da Eucaristía, por tanto, a Igrexa vive e defende o realismo da Encarnación, a vinculación definitiva da salvación e a vida eterna coa presenza histórica do Verbo feito carne.

11 Cf. M. HENGEL, «Der stellvertretende Sühnetod Jesu. Ein Beitrag zur Entstehung des christlichen Kerygmas»: *IkaZ* 23 (1980) 20-21.

12 *Decretum de sanctissimo Eucharistiae sacramento*, cap. 3; canon 4: DH 1639.1654. Cf. tamén, por ex., TOMÁS DE AQUINO, *STh* III, q. 73, a. 1 ad 3



Estas perspectivas, profundamente bíblicas, son testemuñadas con claridade no sexto capítulo de Xoán: Quen cre en Xesús como enviado do Pai, quen acepta que o Logos, o Fillo de Deus fíxose carne (*sarx*), que é o pan de vida baixado do ceo (*manducatio spiritualis*) aceptará a entrega por Xesús da súa carne como o principio da vida do mundo (*manducatio sacramentalis*). A insistencia é profundamente realista: na Eucaristía trátase da presenza verdadeira da carne e do sangue, como don propio de Cristo aos homes<sup>13</sup>; e o seu froito é a participación na vida eterna, que só é posible en Xesucristo, permanecendo nel, vivindo da súa vida, como El vive polo Pai<sup>14</sup>.

A fe cristiá plena no Verbo feito carne implica, pois, a acollida de Xesucristo segundo a forma histórica en que el realizou a súa misión e chamou aos homes ao seu seguimento e á comunión con El, e que pon de manifesto na Última Cea. Pola contra, non se acollerá plenamente a Palabra de Deus cando non se acepte a comunicación de si que Xesús ofrece gratuitamente no don do seu corpo e do seu sangue<sup>15</sup>.

A adoración eucarística non pode subsistir tampouco afastada do coñecemento da figura histórica de Xesucristo, dos trazos substanciais da súa misión, da escoita das súas palabras, coas que El mesmo ilumina a vontade de Deus e o corazón do home, e indica o camiño da salvación.

A contemplación da Eucaristía é contemplación do Señor, memoria viva da súa Persoa, da súa palabra e da súa misión histórica. É acollida da Palabra de Deus en toda a plenitude da súa comunicación e, por tanto, da Sagrada Escritura, que, escoitada no seo da Igrexa, ha de resoar e acompañar sempre a oración de adoración.

---

13 Cf.: «Wer [docetas gnósticos] den Empfang des Fleisches und Blutes Jesu ablehnt, leugnet seine Inkarnation (sarx) und seinen blutigen Kreuzestod (haima). Die Eucharistie bezeugt den Kreuzestod Jesu als die unvergängliche und unaufhebbare Quelle des Heils ... und den geschichtlichen Erlöser, der im Fleisch gekommen ist» (R. SCHNACKENBURG, *Das Joahnnesevangelium*, II [Freiburg-Basel-Wien 1971] 91). A maioría dos autores comprenden a terminoloxía usada (comer e beber, verdadeira comida e bebida) como unha interpretación realista das afirmacións dos relatos da Cea, querendo evitar todo posible docetismo.

14 Cf. Xn 6, 54.56-58.

15 Compréndese así a insistencia de Dominus Iesus (17b) en vincular a forma plena da Igrexa coa presenza do sacramento da Eucaristía; cf. A. CARRASCO ROUÇO, «Unicidad y unidad de la Iglesia en la declaración 'Dominus Iesus'»: *RET* 61 (2001) 344-345.

#### 4. O Salvador do mundo

A presenza substancial de Cristo no sacramento da Eucaristía non pode separarse da forma concreta en que El levou a cumprimento a súa misión, é dicir do sacrificio da cruz. Compréndese así o ensino insistente da Igrexa, especialmente a partir da Reforma e o Concilio de Trento, que a santa Misa fai presente o sacrificio expiatorio de Cristo na forma do memorial sacramental.

O privilexio da indulxencia plenaria, perpetua e cotiá, concedida a quen adore ao Santísimo na nosa Catedral, convídanos a gardar ante os ollos este misterio do sacrificio redentor, que dá esperanza a todo fiel e fai posible que se atreva a achegarse ao Señor de ceo e terra, naquela mesma actitude do publicano que Xesús encomiou na súa parábola: non se atrevía nin a levantar os ollos ao ceo, senón que se golpeaba o peito dicindo: Oh Deus!, ten compaixón deste pecador<sup>16</sup>.

Tamén a adoración, que é feita posible pola certeza da presenza real de Xesucristo, o Fillo de Deus feito home, será sempre, no seu núcleo mesmo, recoñecemento e acollida persoal do misterio da redención; e, por tanto, será sempre tamén un xesto de acción de grazas ao Pai, a quen Cristo quere presentar un universo e unha humanidade salvada.

En efecto, a profundidade deste sacrificio de Cristo, só se desvela a partir da súa relación persoal co Abba, como ensina claramente o testemuño evanxélico. Se se esquece que Xesús se entrega ao Pai en obediencia plena á súa vontade, non se entende ben nin a súa Persoa nin a súa obra. Pois a cruz só pode ser aceptada e converterse en fundamento da fe, cando se recoñece nela a manifestación máxima do amor de Deus: amor de Deus Pai, que «entrega» ao Fillo, pois permítelle ir ata a obediencia absoluta da pobreza e da dispoñibilidade, que significará levar o pecado de moitos<sup>17</sup>; e amor do Fillo, que por amor identifícase cos pecadores<sup>18</sup> e cumpre así en liberdade a vontade do Pai de salvar ao home, de abrírlle o camiño da vida eterna.

O sacrificio de Xesucristo é radicalmente expresión da súa unidade coa vontade do Pai, e a acción de grazas definitiva por todos os seus

16 Lc 18, 13

17 Is 53, 11-12.

18 Cf. Hb 2, 11-15.

dons: pola vida e a creación, polos seus beneficios incontables e, sobre todo, pola súa propia misión persoal, polo Reino prometido e que o Pai vai entregar aos homes polo camiño da cruz e a resurrección de Cristo.

Coa súa persoa e co seu sacrificio, presente no memorial eucarístico, Xesús fala e conduce sempre ao Pai, introduce ao crente na unidade co Pai, nun mesmo Espírito.

Na Eucaristía atopan os homes a graza que conduce a vida e o universo á súa verdade definitiva, a «prenda da vida futura»<sup>19</sup>; e o fiel adora a Xesucristo como o verdadeiro Señor do mundo e da historia, dando grazas ao Pai pola inmensidade dos seus dons, ante todo pola entrega e o sacrificio do seu Fillo.

Contemplando o misterio presente nas especies consagradas, o home contempla o Amor de Deus que vén salvalo, achégase á fonte que mana e corre, ao corazón da Trindade.

## 5. O don supremo da comunión

A Encarnación tiña como obxecto conducir ao xénero humano á comunión con Deus —inalcanzable para o home— pola vía da humanidade do Fillo eterno. Este designio alcanza no misterio pascual a súa forma plena e definitiva; pois na cruz e a resurrección desvélanse as últimas consecuencias da ascensión por Cristo da natureza humana pecadora, destinada á morte. Xesucristo morre levando o peso dos pecados do mundo e, desde este punto de vista, o seu sacrificio é a manifestación suprema da comunión na que quixo entrar co home. Pero Cristo asume o noso, a nosa natureza caída, para que o home poida participar do seu, a natureza humana conducida á gloria da plena comunión co Deus salvador. Nesta perspectiva, a comunión que Cristo ofrece aos homes aparece como a verdade profunda do seu sacrificio.

De feito, na Última Cea, Xesucristo entrega plenamente o seu aos seus discípulos, o seu corpo e o seu sangue, e a oblación da súa vida ao Pai como única vía de salvación. Certamente, este sacrificio de Xesucristo

---

19 *Ecclesia de Eucharistia*, 18

—cumplido no Triduo pascual— é único e insubstituíble, singular e definitivo; pero Xesús quixo doalo igualmente aos seus como expresión plena da comunión á que os chama. O don de Cristo na Cea é realmente El mesmo, con toda a súa presenza e con toda a súa obra, que culmina na súa oblación da propia humanidade ao Pai.

Na celebración da Eucaristía, a Igrexa ofrece pois ao Pai o mesmo e único sacrificio de Xesucristo; non quere presentarse ante El con ningún outro sacrificio diferente, senón recoñecendo a súa propia salvación e a súa propia vida no de Cristo. Unirse así a Cristo, facendo propio o seu sacrificio único, é ratificar persoalmente a vontade e os designios do Pai, manifestados na ofrenda de si mesmo que Cristo lle presenta para a salvación do mundo.

A dimensión existencial do sacrificio que a Igrexa presenta ao Pai é, pois, a acollida da misión histórica de Cristo; é dicir, a acollida da comunión que El doa e establece no seu corpo e no seu sangue.

Na adoración eucarística cada fiel únese a este sacrificio da Igrexa, ofrécese a si mesmo no modo agradable ao Pai: a través do xesto mesmo da fe, que se adhire verdadeiramente a Xesucristo como Aquel en quen e por quen vén o Reino de Deus ao mundo, como o único nome en que é posible salvarse<sup>20</sup>.

Co seu xesto de adoración, o fiel recoñece que non é posible substituír a relación con Xesucristo, a unidade nel, con ningunha outra acción ética ou relixiosa; é dicir, abandona a pretensión dunha propia xustiza<sup>21</sup>, de poder alcanzar coas soas forzas humanas a perfección e a gloria, e ponse en mans de Cristo.

Pero o verdadeiro núcleo existencial deste sacrificio non radica no recoñecemento da propia incapacidade para alcanzar a salvación, senón, en primeiro lugar, na adhesión e a obediencia a Cristo, aínda cando a súa misión esixa a oblación da cruz. Por iso, puido dicirse que o asentimento de María, pronunciado baixo a cruz como expresión suprema de fe e amor

20 Cf. *Feit* 4, 12.

21 Cf., por ex., *Flp* 3, 3-11. No mesmo sentido comenta AGUSTÍN: «Ac per hoc qui esurit hunc panem, esuriat iustitiam; sed iustitiam quae de caelo descendit, iustitiam quam dat Deus, non quam sibi facit homo (...) Inde erant istit qui panem de caelo descendentem non intelligebant, quia sua iustitia saturati, iustitiam Dei non esuriebant» (In Iohannis Evangelium, XXVI, 1).

da criatura ao Fillo, constitúe —e asegura— a forma perfecta da participación da Igrexa e do cristián no sacrificio de Cristo<sup>22</sup>.

Tamén a adoración eucarística atopa a súa realización e o seu modelo perfecto neste asentimiento da Nai dolorosa, que contemplaba ao Fillo no don plenamente verdadeiro do seu corpo e do seu sangue, que permanecendo ao pé da cruz non quería deixar de seguir unida a El, que con todo o seu corazón participaba da súa dor e do seu destino, do seu amor e da súa entrega en mans do Pai.

En silencio ante o Santísimo Sacramento, o fiel cristián únese ao si de María, á súa fe e a súa unidade inquebrantable co Fillo, manifestada radicalmente ao pé da cruz. A adoración eucarística diríxese tamén ao Fillo, realmente presente nas formas consagradas, asente e únese á entrega sacrificial do seu corpo e do seu sangue, recoñéceo como o Deus-con-nós e o único Salvador. A adoración é expresión pura da fe, que supera o escándalo da encarnación e da cruz, en obediencia ao designio de Deus; e é expresión do amor e da gratitude ao Pai, que quixo poñer ao noso alcance na humanidade do seu Fillo todos os tesouros da vida e da gloria.

En poucas palabras, a adoración, nas súas moitas formas, é parte intrínseca de toda celebración da Eucaristía<sup>23</sup>. E expresa particularmente ben o asombro, a tenrura, o agradecemento sen límites que acompaña á verdadeira fe en Xesucristo o Salvador, ao recoñecemento do amor inmenso de Deus.

A presenza da adoración eucarística na Igrexa é, sen ningunha dúbida, un froito do actuar máis propio do Espírito Santo, o Único que verdadeiramente sabe gustar e admirar con todo o corazón, dar a entender e a gozar a beleza do amor do Pai e do Fillo, revelado aos nosos ollos no seu designio salvífico e expresado na Eucaristía. O espírito da verdadeira adoración é o Espírito do Amor, é o Espírito Santo.

22 Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Die Messe, ein Opfer der Kirche?* in: *Id.*, «Spiritus Creator», Einsiedeln 1967, 201 ss.

23 «Nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit»: S. AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos*, 98, 9 (CCL XXXIX 1385). Cf. BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 66

## Conclusión

O noso Salvador, na Última Cea, a noite en que foi entregado, instituíu o sacrificio eucarístico do seu corpo e o seu sangue para perpetuar polos séculos, ata a súa volta, o sacrificio da cruz e confiar á súa Esposa amada, a Igrexa, o memorial da súa morte e resurrección, sacramento de piedade, signo de unidade, vínculo de caridade, banquete pascual no que se recibe a Cristo, a alma énchese de graza e dásenos a prenda da gloria futura»<sup>24</sup>.

Toda reflexión e toda devoción eucarística ha de conservar sempre a súa mirada dirixida á «misteriosa contemporaneidade» de Xesucristo, do acontecido no Triduo Pascual, á que é introducido o home na celebración do sacramento»<sup>25</sup>.

Tal intensidade única da presenza do Señor no misterio da Eucaristía fai xurdir o asombro no crente, como actitude primeira. Este asombro, entreverado de gratitude e de alegría, permanece sempre no corazón da fe verdadeira e conduce á adoración, ante o don completamente desproporcionado do Fillo eterno, ante o amor inmenso e inexplicable do Señor, que se abaixa, lava os pés, entrega a súa vida en rescate por cada un de nós, e que ademais, no memorial eucarístico, institúe o modo en que este amor e esta obra súa permanecen sempre presentes e vivos, contemporáneos aos homes ata o fin dos tempos.

Ante este Misterio, a razón humana experimenta a súa propia limitación, pero, conclúe San Xoán Paulo II, «o corazón, iluminado pola graza do Espírito Santo, intúe ben como ha de comportarse, sumíndose na adoración e nun amor sen límites»<sup>26</sup>.

+ *Alfonso López de Lugo*

24 Concilio VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 47

25 *Ecclesia de Eucharistia*, 59a

26 *Ib.*, 62b

## A LOS DIEZ AÑOS DE LA ORDENACIÓN EPISCOPAL **SANTA MISA EN LA CATEDRAL DE LUGO**

Queridos hermanos,

estamos reunidos aquí, en esta gran acción de gracias a Dios que es la Santa Misa, en un día en que se cumplen diez años de mi ordenación episcopal en esta Catedral y de mi toma de posesión de esta sede lucense, conforme al mandato dado por el entonces Papa Benedicto XVI. Se daba así un paso en el camino de la Iglesia en Lugo y, por supuesto, en el mío personal.

Para nosotros, los aniversarios no son fechas que nos recuerden el simple transcurso del tiempo; sino que hacen referencia a nuestra existencia, nos hablan de ella como de un don grande y singular que manifiesta el amor del Señor por cada uno. Son días en que la mirada se vuelve a aquellos momentos decisivos en que nuestra libertad fue solicitada por el misterio de la vida, por la gracia de Dios que nos vino al encuentro. Nuestros aniversarios celebran siempre un acontecimiento, que los seres queridos comparten con nosotros; y son ocasión de dar gracias y de hacer memoria, alentados por la certeza de que *a los que aman a Dios, todo les sirve para el bien* (Rm 8, 28).

Ser obispo, mediante la imposición de manos en la comunión jerárquica de la Iglesia (LG 21), como también ser sacerdote y, en realidad, como cualquier vocación cristiana, es ante todo responder a una llamada de quien te ama y ha sostenido tu existencia, y a quien también amas, aunque sea en los modos limitados y defectuosos propios de nuestra persona.

Responder positivamente, decir que sí a la misión encomendada es un gesto de amor —en el que se reafirman las certezas más verdaderas del propio corazón—, de agradecimiento —porque el Señor sigue atento a tu camino e incomprensiblemente confía en ti— y de docilidad —que es el alma de la obediencia eclesial.

El agradecimiento del amor es como el cimiento y la docilidad la guía para el cumplimiento de la misión: para dejarse conducir y responder a la tarea según el Espíritu de Dios. Esta docilidad al Espíritu —en que alienta la paz del corazón, la concordia entre la propia libertad y la voluntad de Dios— es necesaria para poder seguir al Señor en su Iglesia y para hacer las cosas como Él desea, para disminuir los propios errores y las autorreferencias, para apreciar y amar a las personas y a la Iglesia como Él nos ha amado.

¡Qué decisiva resulta en este camino la memoria de la presencia del Señor Jesús en la propia vida, de su mirada sobre nosotros, de nuestro ser enviados por Él! No me parece que, sin ello, pudiese sobrevivir la docilidad que necesitamos para ser sus discípulos, para que el Espíritu pueda guiar nuestro quehacer.

Pero guardar viva la memoria de la presencia y de la obra del Señor en nuestras vidas no puede hacerse olvidando la propia historia, el camino de la propia vocación, las personas que han sido instrumento de Dios para nosotros y los modos en que las cosas sucedieron.

Sin nuestra pertenencia a esta historia, que es pertenencia a la Iglesia en la forma concreta por la que el Señor nos ha conducido, no permanece viva la memoria de nuestra fe, se ofusca lo distintivo y más propio de nuestra identidad, novedad y creatividad desaparecen.

Cuando miramos nuestro recorrido personal, conviene recordar en primer lugar lo que ha significado para nosotros la oración, sostenida por la presencia constante del Señor en la Palabra y los sacramentos, por el testimonio y la compañía de nuestros maestros; y renovada cada día ante las exigencias de la vida propia de la Iglesia diocesana, en los encuentros con las muchas necesidades de los hombres.

La oración puede pasar desapercibida —porque sucede en el silencio, en lo íntimo, en la habitación donde nadie ve—; pero, aunque sea breve o frágil, es como la lámpara encendida, que ilumina en la noche y hace posible la vigilancia o el caminar. ¿Qué no significaría volver a ella más de corazón? Rezamos poco, muchos de nosotros. Aún cuando aquí, en Lugo, gozamos del privilegio de ser la Diócesis del Sacramento, que nos despierta todos los días a la conciencia de la presencia real del Señor, a la adoración, la súplica, la acción de gracias, el silencio ante Cristo Jesús,



que está todos los días con nosotros, como compañía fiel en la Exposición perpetua del Santísimo en este Altar Mayor lucense.

Diez años a los pies de este Misterio de la fe, como se profesa con firmeza en esta Diócesis y en esta Catedral, son una gracia particular, que moldea la propia identidad cristiana y sacerdotal. Aquí aprendemos a decir, como los antiguos mártires: *sine Dominico, non possumus*. Es decir, sin el día del Señor, si los días no son del Señor, del que nos entregó cuerpo y sangre en la Última Cena y resucitó para nuestra salvación, no podemos —cumplir la propia misión, el propio destino.

La memoria de esta comunión, de esta pertenencia, tiene la forma de la propia historia concreta, que, siendo obispo, se percibe más fácilmente como la historia de un pueblo, de un pueblo inmenso y muy grande, que viene del Señor Jesús, que implantaron los apóstoles por el mundo, y que es el Pueblo de Dios, plenamente presente en lo particular de cada tierra y lugar. No se puede hablar del designio salvífico de Dios, de su amor y su misericordia para con nosotros, sin el Pueblo de Dios; pero tampoco de éste, sin referirse a una historia precisa, sin una Diócesis, unas gentes y una tierra, que han hecho real para cada uno la obra de Dios con los hombres.

La Diócesis de Lugo, con su cultura, sus formas populares, su piedad propia, sus hombres y mujeres creyentes de generación en generación, sus familias y parroquias, sus sacerdotes y sus consagrados, sus dolores y alegrías, es para nosotros como un gran signo y un instrumento providencial, para que aprendamos a vivir más consciente, más humanamente, nuestra historia de salvación con el Señor. No hay fe cristiana real sin permanecer en la Iglesia de Cristo, la cual subsiste y se despliega siempre en un lugar, se incultura siempre en una porción del Pueblo de Dios.

Ello implica mirar a las personas y sus tradiciones, las viejas iglesias, la Catedral o el Seminario, las parroquias antiquísimas o más modernas, es decir, a nuestra Iglesia —universal en lo particular— como un gran don, que nos precede, por quien nos ha llegado la vida nueva de la fe, como de una madre a un hijo.

Así, en un modo tan humano, hemos reconocido y creído en el amor del Señor, renovando nuestra percepción de las cosas y la forma misma de la vida. Pues bien, diez años en la Diócesis permiten comprender que esto

es verdad igualmente para nuestro pueblo y nuestra tierra, cuya identidad y cuya cultura han sido determinadas por la fe en el Evangelio y la confianza en la compañía buena, parroquial, eclesial, donde se nos ha dado vivir, representada por la Virgen María, por nuestros santos patronos, palpable en las comunidades en que se celebraron siempre bautismos, matrimonios, fiestas y funerales, todo el transcurso de una vida que sabíamos en las manos misericordiosas de Dios, mientras esperábamos llegar a un destino de gloria.

Qué importante sería que no olvidáramos en Galicia esta nuestra tradición, esta historia buena; que siguiésemos sabiendo que somos hijos de Dios y miembros de la Iglesia, no huérfanos en este mundo; que conservásemos las certezas de la fe, que enraíza en el alma la nostalgia del hogar verdadero, y nos enseña a vivir ya en esta tierra según la ley de amor del Señor, en la misericordia y la solidaridad.

El Señor Jesús amó a la Iglesia. Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla ... y presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada (Ef 5, 25-27), como una Esposa.

Los obispos —y a su modo los sacerdotes—, llamados por el Señor a compartir su corazón, su vida y misión, están invitados también a mirar a la Iglesia como a una esposa. Experimentan así la ley primera, propia de todo cristiano: realizar la existencia como una gran historia de amor, de entrega.

En efecto, abrazar con más conciencia la Iglesia encomendada, ser enviado a cuidarla en primera persona, con el compromiso de la vida, y a considerarla cosa propia, no desentendiéndose de ella en sus necesidades, sufrimientos y alegrías, como si fuera responsabilidad de otro ocuparse de su bien, ¿no es, de algún modo, comparable a la relación con una esposa?

Aunque, como todos sabemos, siempre hay muchas imperfecciones, limitaciones y también pecados en nuestras vidas, pequeñas y grandes infidelidades en el amor humano. ¿Cómo no percibirlo también e, incluso, especialmente en el ministerio episcopal? Por ello, es parte de la alegría de este día poder pedir con confianza perdón al Señor, y a su Iglesia, en primer lugar en esta Diócesis de Lugo.

Al final, este ministerio sólo es hecho posible por el amor y la fidelidad —la misericordia— del Señor Jesús, que llama aún cuando nos conoce, y que perdona y restaura nuestro corazón constantemente.

Su bondad y su cercanía se expresan además en los amigos, en tantas palabras buenas, en tantas ayudas generosas y oportunas, en tantas oraciones que acompañan nuestro camino y lo hacen posible.

Hay una deuda de agradecimiento grande en el corazón de la vida de la Iglesia y en la nuestra, como cristianos y como obispo: una deuda de gratitud —que nunca mengua y que es un tesoro— para con el Señor y, por su providencia buena, para con muchas personas, desde los colaboradores más cercanos, a los más silenciosos, a aquellos que en un momento determinado te han dicho la palabra justa.

Quisiera recordar especialmente la belleza de las comunidades parroquiales unidas en la celebración —sean grandes o pequeñas—, en las que pude vislumbrar el esplendor de la Iglesia viva en nuestra tierra. Y luego hacer aquí mención explícita de las comunidades y personas de vida consagrada —en primer lugar, las contemplativas—, cuya oración y entrega sostienen constantemente la vida y la misión de la Iglesia, y de su Obispo en concreto. E igualmente quisiera dar las gracias de modo particular a los enfermos; no sabemos hasta qué punto su sacrificio y su fe hacen posibles los nuestros.

Probablemente no seríamos gran cosa sin este tesoro de intercesión de los hermanos, no seríamos nada los unos sin los otros. Nunca valoraremos en exceso esta unidad profunda, que es fruto de la pasión del Señor, y que es como una ley o una luz que puede iluminar toda situación, orientar en todo dilema, ayudarnos a superar cualquier dificultad.

Esta es la experiencia primera de la vida de la Iglesia, su realidad más profunda, la meta que hemos de alcanzar y, entre tanto, nuestra paz y nuestro descanso en el camino. No daremos fruto que perdure, nada construiremos sólido ajenos a la unidad, sin esta caridad.

Sabemos bien que el esfuerzo de guardar el mandamiento de Cristo de amarnos unos a otros como Él nos ha amado, viviéndolo también unidos en las parroquias y la Diócesis —Caritas, por ejemplo—, es un testimonio decisivo de la verdad de nuestra fe, de nuestro ser cristianos: *en esto conocerán todos que sois discípulos míos* (Jn 13, 15).

La Santísima Virgen María, Madre de Dios y nuestra, no sólo simboliza esta intercesión y este amparo mutuo; sino que lo realiza de manera emi-

nente en cualquier circunstancia o necesidad —especialmente en las más dolorosas—, y nos enseña a todos a hacerlo siguiendo su ejemplo.

Pidámosle hoy, una vez más, a nuestra Madre, a Santa María, que vuelva a nosotros esos sus ojos grandes y misericordiosos, que siga guardando bajo su protección a todos los que formamos esta Iglesia en Lugo. Que Ella nos libre de todo peligro y nos consiga poder alegrarnos de ser parte cada uno, personalmente, de la gran historia de amor y de salvación que Dios realiza con los hombres también en nuestra tierra, en nuestro pueblo y en los años de nuestra vida.

+ *Alfonso, obispo de Lugo*

## AOS DEZ ANOS DA ORDENACIÓN EPISCOPAL **SANTA MISA NA CATEDRAL DE LUGO**

Queridos irmáns,

estamos reunidos aquí, nesta gran acción de grazas a Deus que é a Santa Misa, nun día en que se cumpren dez anos da miña ordenación episcopal nesta Catedral e da miña toma de posesión desta sede lucense, conforme ao mandato dado polo entón Papa Bieito XVI. Dábase así un paso no camiño da Igrexa en Lugo e, por suposto, no meu persoal.

Para nós, os aniversarios non son datas que nos lembren o simple transcurso do tempo; senón que fan referencia á nosa existencia, fálanos dela como dun don grande e singular que manifesta o amor do Señor por cada un. Son días en que a mirada se volve a aqueles momentos decisivos en que a nosa liberdade foi solicitada polo misterio da vida, pola graza de Deus que nos veu ao encontro. Os nosos aniversarios celebran sempre un acontecemento, que os seres queridos comparten connosco; e son ocasión de dar grazas e de facer memoria, alentados pola certeza de que aos que aman a Deus, todo lles serve para o ben (Rm 8, 28).

Ser bispo, mediante a imposición de mans na comunión xerárquica da Igrexa ( LG 21), como tamén ser sacerdote e, en realidade, como calquera vocación cristiá, é ante todo responder a unha chamada de quen te ama e sostivo a túa existencia, e a quen tamén amas, aínda que sexa nos modos limitados e defectuosos propios da nosa persoa.

Responder positivamente, dicir que si á misión encomendada é un xesto de amor —no que se reafirman as certezas máis verdadeiras do propio corazón—, de agradecemento —porque o Señor segue atento ao teu camiño e incomprendiblemente confía en ti— e de docilidade —que é a alma da obediencia eclesial.

O agradecemento do amor é como o cimento e a docilidade a guía para o cumprimento da misión: para deixarse conducir e responder á tarefa segundo o Espírito de Deus. Esta docilidade ao Espírito —en que alenta a paz do corazón, a concordia entre a propia liberdade e a vontade de Deus— é necesaria para poder seguir ao Señor na súa Igrexa e para facer as cousas como El desexa, para diminuír os propios erros e as autorreferencias, para apreciar e amar ás persoas e á Igrexa como El nos amou.

Que decisiva resulta neste camiño a memoria da presenza do Señor Xesús na propia vida, da súa mirada sobre nós, do noso ser enviados por El! Non me parece que, sen iso, puidese sobrevivir a docilidade que necesitamos para ser os seus discípulos, para que o Espírito poida guiar o noso quefacer.

Pero gardar viva a memoria da presenza e da obra do Señor nas nosas vidas non pode facerse esquecendo a propia historia, o camiño da propia vocación, as persoas que foron instrumento de Deus para nós e os modos en que as cousas sucederon.

Sen a nosa pertenza a esta historia, que é pertenza á Igrexa na forma concreta pola que o Señor nós conduciu, non permanece viva a memoria da nosa fe, ofúscase o distintivo e máis propio da nosa identidade, novidade e creatividade desaparecen.

Cando miramos o noso percorrido persoal, convén lembrar en primeiro lugar o que significou para nós a oración, sostida pola presenza constante do Señor na Palabra e os sacramentos, polo testemuño e a compañía dos nosos mestres; e renovada cada día ante as esixencias da vida propia da Igrexa diocesana, nos encontros coas moitas necesidades dos homes.

A oración pode pasar desapercibida —porque sucede no silencio, no íntimo, na habitación onde ninguén ve—; pero, aínda que sexa breve ou fráxil, é como a lámpada acesa, que ilumina na noite e fai posible a vixilancia ou o camiñar. Que non significaría volver a ela máis de corazón? Rezamos pouco, moitos de nós. Aínda cando aquí, en Lugo, gozamos do privilexio de ser a Diocese do Sacramento, que nos esperta todos os días á conciencia da presenza real do Señor, á adoración, a súplica, a acción de grazas, o silencio ante Cristo Xesús, que está todos os días connosco, como compañía fiel na Exposición perpetua do Santísimo neste Altar Maior lucense.

Dez anos aos pés deste Misterio da fe, como se profesa con firmeza nesta Diocese e nesta Catedral, son unha graza particular, que moldea a propia identidade cristiá e sacerdotal. Aquí aprendemos a dicir, como os antigos mártires: *sine Dominico, non possumus*. É dicir, sen o día do Señor, se os días non son do Señor, do que nos entregou corpo e sangue na Última Cea e resucitou para nosa salvación, non podemos —cumprir a propia misión, o propio destino.

A memoria desta comunión, desta pertenza, ten a forma da propia historia concreta, que, sendo bispo, percíbese máis facilmente como a historia dun pobo, dun pobo inmenso e moi grande, que vén do Señor Xesús, que implantaron os apóstolos polo mundo, e que é o Pobo de Deus, plenamente presente no particular de cada terra e lugar. Non se pode falar do designio salvífico de Deus, do seu amor e a súa misericordia para connosco, sen o Pobo de Deus; pero tampouco deste, sen referirse a unha historia precisa, sen unha Diocese, unhas xentes e unha terra, que fixeron real para cada un a obra de Deus cos homes.

A Diocese de Lugo, coa súa cultura, as súas formas populares, a súa piedade propia, os seus homes e mulleres crentes de xeración en xeración, as súas familias e parroquias, os seus sacerdotes e os seus consagrados, as súas dores e alegrías, é para nós como un gran signo e un instrumento providencial, para que aprendamos a vivir máis consciente, máis humanamente, a nosa historia de salvación co Señor. Non hai fe cristiá real sen permanecer na Igrexa de Cristo, a cal subsiste e desprégase sempre nun lugar, incultúrase sempre nunha porción do Pobo de Deus.

Iso implica mirar ás persoas e as súas tradicións, as vellas igrexas, a Catedral ou o Seminario, as parroquias antiquísimas ou máis modernas, é dicir, á nosa Igrexa —universal no particular— como un gran don, que nos precede, por quen nos chegue a vida nova da fe, como dunha nai a un fillo.

Así, nun modo tan humano, recoñecemos e cremos no amor do Señor, renovando a nosa percepción das cousas e a forma mesma da vida. Pois ben, dez anos na Diocese permiten comprender que isto é verdade igualmente para o noso pobo e a nosa terra, cuxa identidade e cuxa cultura foron determinadas pola fe no Evanxeo e a confianza na compañía boa,

parroquial, eclesial, onde se nos deu vivir, representada pola Virxe María, polos nosos santos patróns, palpable nas comunidades en que se celebraron sempre bautismos, matrimonios, festas e funerais, todo o transcurso dunha vida que sabiamos nas mans misericordiosas de Deus, mentres esperabamos chegar a un destino de gloria.

Que importante sería que non esquecésemos en Galicia esta nosa tradición, esta historia boa; que seguísemos sabendo que somos fillos de Deus e membros da Igrexa, non orfos neste mundo; que conservásemos as certezas da fe, que enraíza na alma a saudade do fogar verdadeiro, e nós ensina a vivir xa nesta terra segundo a lei de amor do Señor, na misericordia e a solidariedade.

O Señor Xesús amou á Igrexa. El entregouse a si mesmo por ela, para consagrala ... e presentarlle gloriosa, sen mancha nin engurra nin nada semellante, senón santa e inmaculada ( Ef 5, 25-27), como unha Esposa.

Os bispos —e ao seu modo os sacerdotes—, chamados polo Señor para compartir o seu corazón, a súa vida e misión, están convidados tamén a mirar á Igrexa como a unha esposa. Experimentan así a lei primeira, propia de todo cristián: realizar a existencia como unha gran historia de amor, de entrega.

En efecto, abrazar con máis conciencia a Igrexa encomendada, ser enviado a coidala en primeira persoa, co compromiso da vida, e a considerala cousa propia, non desentendéndose dela nas súas necesidades, sufrimentos e alegrías, coma se fose responsabilidade doutro ocuparse do seu ben, non é, dalgún modo, comparable á relación cunha esposa?

Aínda que, como todos sabemos, sempre hai moitas imperfeccións, limitacións e tamén pecados nas nosas vidas, pequenas e grandes infidelidades no amor humano. Como non percibilo tamén e, mesmo, especialmente no ministerio episcopal? Por iso, é parte da alegría deste día poder pedir con confianza perdón ao Señor, e á súa Igrexa, en primeiro lugar nesta Diocese de Lugo.

Ao final, este ministerio só é feito posible polo amor e a fidelidade —a misericordia— do Señor Xesús, que chama aínda cando nos coñece, e que perdoa e restaura o noso corazón constantemente.



A súa bondade e a súa proximidade exprésanse ademais nos amigos, en tantas palabras boas, en tantas axudas xenerosas e oportunas, en tantas oracións que acompañan o noso camiño e fano posible.

Hai unha débeda de agradecemento grande no corazón da vida da Igrexa e na nosa, como cristiáns e como bispo: unha débeda de gratitude —que nunca mingua e que é un tesouro— para co Señor e, pola súa providencia boa, para con moitas persoas, desde os colaboradores máis próximos, aos máis silenciosos, a aqueles que nun momento determinado dixéronche a palabra xusta.

Quixera lembrar especialmente a beleza das comunidades parroquiais unidas na celebración —sexan grandes ou pequenas—, nas que puiden albiscar o esplendor da Igrexa viva na nosa terra. E logo facer aquí mención explícita das comunidades e persoas de vida consagrada —en primeiro lugar, as contemplativas—, cuxa oración e entrega sosteñen constantemente a vida e a misión da Igrexa, e do seu Bispo en concreto. E igualmente quixera dar as grazas de modo particular aos enfermos; non sabemos ata que punto o seu sacrificio e a súa fe fan posibles os nosos.

Probablemente non seríamos gran cousa sen este tesouro de intercesión dos irmáns, non seríamos nada os uns sen os outros. Nunca valoraremos en exceso esta unidade profunda, que é froito da paixón do Señor, e que é como unha lei ou unha luz que pode iluminar toda situación, orientar en todo dilema, axudarnos a superar calquera dificultade.

Esta é a experiencia primeira da vida da Igrexa, a súa realidade máis profunda, a meta que habemos de alcanzar e, entre tanto, a nosa paz e o noso descanso no camiño. Non daremos froito que perdure, nada construiremos sólido alleos á unidade, sen esta caridade.

Sabemos ben que o esforzo de gardar o mandamento de Cristo de amarnos uns a outros como El nós amou, vivíndoo tamén unidos nas parroquias e a Diocese — Caritas, por exemplo—, é un testemuño decisivo da verdade da nosa fe, do noso ser cristiáns: nisto coñecerán todos que sodes discípulos meus ( Xn 13, 15).

A Santísima Virxe María, Nai de Deus e nosa, non só simboliza esta intercesión e este amparo mutuo; senón que o realiza de maneira eminente

en calquera circunstancia ou necesidade —especialmente nas máis dolorosas—, e ensínanos a todos a facelo seguindo o seu exemplo.

Pidámoslle hoxe, unha vez máis, á nosa Nai, a Santa María, que volva a nós eses os seus ollos grandes e misericordiosos, que siga gardando baixo a súa protección a todos os que formamos esta Igrexa en Lugo. Que Ela nos libre de todo perigo e nós consiga poder alegrarnos de ser parte cada un, persoalmente, da gran historia de amor e de salvación que Deus realiza cos homes tamén na nosa terra, no noso pobo e nos anos da nosa vida.

+ *Alfonso bispo de Lugo*

## **DECRETO DE REESTRUCTURACIÓN DE LAS UNIDADES PASTORALES N.º 1 E 3 DEL ARCIPRESTAZGO DE ABEANCOS**

NOS, DR. D. ALFONSO CARRASCO ROUCO,  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE LUGO

El día 03 de mayo de 2016 dimos un importante paso adelante en la labor de Reorganización Pastoral dentro de nuestra Diócesis con su aplicación en el Arciprestazgo de Abeancos. Desde su aplicación, la vida pastoral de este arciprestazgo se ido estructurando y creciendo en esta dirección, surgiendo nuevas realidades a las que dar respuesta, por todo ello, y con la intención de seguir mejorando esta Reorganización Pastoral, por el presente DECRETO

REESTRUCTURAMOS LAS UNIDADES PASTORALES N.º 1 Y 3 DEL  
ARCIPRESTAZGO DE ABEANCOS DE LA SIGUIENTE MANERA

### ***Unidad pastoral n.º 1:***

- 1) Abeancos, San Cosme
- 2) Abeancos, San Salvador
- 3) Agrón, Santa Eulalia
- 4) Ánxeles, Santa María
- 5) Barreiro, San Mamede
- 6) Campos, Santa María
- 7) Cazallas, San Xosé
- 8) Folladela, San Pedro
- 9) Furelos, San Xoán
- 10) Gondollín, San Martiño
- 11) Leboreiro, Santa María

- 12) Liñares, Santiago
- 13) Maceda, San Pedro
- 14) Meire, San Pedro
- 15) Melide, San Pedro
- 16) Melide, Santa María
- 17) Moldes, San Martiño
- 18) Pedrouzos, Santa Mariña
- 19) Oleiros, San Martiño
- 20) Varelas, San Martiño
- 21) Vimianzo, Santa María
- 22) Xubial, Santiago
- 23) Zas de Rey, San Julián

Se establece **un Centro Interparroquial** para esta unidad pastoral en la parroquia de San Pedro de Melide.

***Unidad pastoral n.º 3:***

- 1) Brañas, Santa Mariña
- 2) Capela, Santa María
- 3) Mangüeiro, Santo Tomé
- 4) Monte, San Xulián
- 5) Monte, Santa Eufemia
- 6) Ordes, Santa María
- 7) Paradela, San Pelaxio
- 8) Vilamor, Santo Estevo
- 9) Vilouriz, Santiago

Se establece **un Centro Interparroquial** para esta unidad pastoral en la parroquia de Santa María de A Capela.

Dado en Lugo, Ciudad del Sacramento, a 06 de febrero de 2018.

Por mandato de S. E. Rvdma.  
El Canciller-Secretario

## **DECRETO DE REESTRUTURACIÓN DAS UNIDADES PASTORAIS N.º 1 E 3 DO ARCIPRESTADO DE ABEANCOS**

NOS, DR. D. ALFONSO CARRASCO ROUCO,  
POLA GRAZA DE DEUS E DA SÉ APOSTÓLICA, BISPO DE LUGO

O día 03 de maio de 2016 demos un importante paso adiante no labor de Reorganización Pastoral dentro da nosa Diocese coa súa aplicación no Arciprestado de Abeancos. Desde a súa aplicación, a vida pastoral deste Arciprestado foi estruturándose e crecendo nesta dirección, xurdindo novas realidades ás que dar resposta, por todo iso, e coa intención de seguir mellorando esta Reorganización Pastoral, polo presente DECRETO

REESTRUTURAMOS AS UNIDADES PASTORAIS N.º 1 E 3 DO  
ARCIPRESTADO DE ABEANCOS DA SEGUINTE MANEIRA

### ***Unidade pastoral n.º 1:***

- 1) Abeancos, San Cosme
- 2) Abeancos, San Salvador
- 3) Agrón, Santa Eulalia
- 4) Ánxeles, Santa María
- 5) Barreiro, San Mamede
- 6) Campos, Santa María
- 7) Cazallas, San Xosé
- 8) Folladela, San Pedro
- 9) Furelos, San Xoán
- 10) Gondollín, San Martiño
- 11) Leboreiro, Santa María
- 12) Liñares, Santiago

- 13) Maceda, San Pedro
- 14) Meire, San Pedro
- 15) Melide, San Pedro
- 16) Melide, Santa María
- 17) Moldes, San Martiño
- 18) Pedrouzos, Santa Mariña
- 19) Oleiros, San Martiño
- 20) Varelas, San Martiño
- 21) Vimianzo, Santa María
- 22) Xubial, Santiago
- 23) Zas de Rey, San Julián

Establécese **un Centro Interparroquial** para esta unidade pastoral na parroquia de San Pedro de Melide.

***Unidade pastoral n.º 3:***

- 1) Brañas, Santa Mariña
- 2) Capela, Santa María
- 3) Mangüeiro, Santo Tomé
- 4) Monte, San Xulián
- 5) Monte, Santa Eufemia
- 6) Ordes, Santa María
- 7) Paradela, San Pelaxio
- 8) Vilamor, Santo Estevo
- 9) Vilouriz, Santiago

Establécese **un Centro Interparroquial** para esta unidade pastoral na parroquia de Santa María da Capela.

Dado en Lugo, Cidade do Sacramento, a 06 de febreiro de 2018.

Por mandato de S. E. Rvdma.  
O Chanceler-Secretario

## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

- 18/01/18 Dña. María del Pilar Real Veiras  
Delegada diocesana de Arpu
- 18/02/18 D. Ángel Iglesias Sarandeses  
Administrador Parroquial de San Lourenzo de Brántega, San Pedro de Carmoega y Santo André de Órrea
- 18/02/18 D. José Ramón Pena Taboada  
Administrador Parroquial de San Pedro de Ferreiroa, San Cibrao de Esperante, San Miguel de Gurgueiro, San Pedro de Merlín, San Xulián de Ventosa y San Mamede de As Trabancas
- 18/02/18 D. Rodrigo Rúa Iglesias  
Párroco de las Parroquias de la Unidad Pastoral n.º 3 del Arciprestazgo de Abeancos
- 01/03/18 P. Alberto de Oliveira Silva  
Delegado de Vida Consagrada
- 16/03/18 Francisco Javier Castro Miramontes (OFM)  
Párroco in solidum y Moderador de Santa María a Real de O Cebreiro y Administrador Parroquial de San Xoán de Fonfría, San Xoán de Hospital da Condesa, Santo Estevo de Liñares, San Vicente de Lousada, San Xoán de Louzarella, San Pedro de Noceda, San Lourenzo de Pacios, San Xoán de Padornelo, San Antonio de Pedrafita, Santa Madanela de Riocereixa, Santa María de Viega de Forcas y San Martiño de Zanfoga

## **ORDENACIÓN**

14/04/18 Nicolás Susena Presas  
Ordenación de Presbítero en la S. I. C. Basílica de Lugo

## **DEFUNCIONES**

01/01/18 Rvdo. D. Manuel Eloy Miguelez Blanco  
16/01/18 Rvdo. D. José Benito Novo Rancaño  
20/01/18 Rvdo. D. Roberto Jesús Cea Veiga  
02/03/18 Rvdo. D. Amalio Saturnino Cumplido Vilariño  
25/03/18 Rvdo. D. José Luís Varela Cereijo  
19/04/18 Rvdo. D. Manuel González Fernández



## NECROLÓXICAS

### **RVDO. D. MANUEL ELOY MIGUÉLEZ BLANCO**

O Rvdo. D. Manuel Eloy Miguélez Blanco naceu na Parroquia de Santa María de Vilariño o día 6 de abril de 1932. Cursou os Estudos Eclesiásticos no Seminario Diocesano de Lugo e foi ordenado sacerdote en Lugo o día 22 de marzo de 1958 polo entón Bispo auxiliar da Diocese, Dr. D. Antonio Ona de Echave.

No mesmo ano da súa ordenación foi destinado para a Parroquia de Santa Isabel da Enciñeira (Quiroga) e en agosto do ano 1960 é nomeado ecónomo de San Martiño de Laiosa e encargado de San Cristovo de Guntín (Bóveda). Con posterioridade, en 1976, encárgaselle o coidado pastoral de San Miguel de Canedo, e en 1988 de San Mamede de Vilasouto e de San Estevo de Eirexalba.

De novo, en novembro de 1992 é nomeado párroco de San Martiño de Bóveda, San Vicente de Ver e San Cristovo de Guntín. Exerceu tamén como Asesor relixioso do Colexio Público de EXB de San Martiño de Bóveda, desde 1993 e, desde 1995 atendía tamén as parroquias de San Xoán de Remesar e San Bartolomé de Vilarbuxán. No ano 2008 é elixido e nomeado Arcipreste de Incio-Santalla de Rei polo Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco. E no ano 2010 é elixido e nomeado de novo Arcipreste de Quiroga. Desde a súa fundación, atendía tamén pastoralmente a Residencia de Anciáns na Parroquia.

Moi afeccionado ao deporte, especialmente ao fútbol e á pesca, promocionou e presidía con ilusión sempre renovada a Asociación Deportiva Bóveda Club de Fútbol, educando aos mozos na axuda mutua, os deportes e a unidade polo ben común.

Tras unha longa enfermidade que soportou con gran elegancia e naturalidade, falecía o día primeiro de xaneiro de 2018, o día do seu santo, no

Hospital Polusa de Lugo acompañado da súa familia e dalgúns sacerdotes da Diocese.

O funeral polo seu eterno descanso tivo lugar o día 3 de xaneiro na parroquia de San Martiño de Bóveda e foi inhumado, ese mesmo día, na súa parroquia natal de Santa María de Vilariño. Descanse en paz.

## **RVDO. D. JOSÉ BENITO NOVO RANCAÑO**

O Rvdo. D. José Benito Novo Rancaño naceu na Parroquia de Santa María de Meira o 28 de xuño de 1932.

Foi ordenado Presbítero en Lugo o 20 de decembro de 1958 polo Bispo Auxiliar Dr. D. Antonio Ona de Echave.

En abril de 1959 recibe o seu primeiro nomeamento como Ecónomo de Santa Eulalia de Quintá de Cancelada e Encargado de Santa María de Vilamane, as dúas pertencentes ao Concello de Becerreá.

Logo de tres anos é nomeado, en 1961, Ecónomo de Santa Eulalia de Paradela. Tamén en Paradela encárgase da parroquia de San Facundo de Rivas de Miño en xaneiro de 1963.

Cinco meses despois, en maio de 1963, é nomeado Ecónomo de San Xulián de Santalla de Bardaos (O Incio).

En agosto de 1965 é nomeado Ecónomo de San Pedro de Armea, tarefa que non chegou a desempeñar.

En setembro dese mesmo ano é nomeado Ecónomo de Santa María de Pol (Neira de Xusá - Baralla), sendo esta a Parroquia na que permaneceu máis tempo, pois estivo ata o ano 2003.

En Baralla seguirá o seu labor pastoral engadindo máis parroquias ás que servir: San Xurxo de Vale (Encargado desde 1969), Santa María de Constantín, unida de Santa M.<sup>a</sup> Madanela de Baralla (Administrador Parroquial a partir de 1988); Salvador de Piñeira, San Pedro de Sixirei e Santa M.<sup>a</sup> de Vilarpunteiro (Administrador Parroquial desde 1996).

En maio de 2009 é nomeado Administrador Parroquial de San Mamede de Bonxe (Outeiro de Rei)

Os seus últimos anos viviunos en Lugo, na parroquia de San Francisco Xavier, na que prestou os seus servizos de xeito xeneroso.

É de agradecer a Deus o agasallo que nos deu na persoa de D. José Benito, presbítero, e no exercicio do seu ministerio sacerdotal.

Faleceu o 16 de xaneiro de 2018.

Descanse en paz.

## **RVDO. D. ROBERTO JESÚS CEA VEIGA**

O Rvdo. D. Roberto Jesús Cea Veiga, coñecido por todos como Perico, naceu o luns 22 de xaneiro de 1942 en Melide. Foi ordenado sacerdote o 10 de xuño de 1967 polo Dr. D. Antonio Ona de Echave.

No mesmo ano 1967 foi nomeado ecónomo de San Pedro Félix de Donís na zona dos Ancares, permanecendo alí durante 8 anos, onde aínda é querido e recordado.

En 1975 entrou a formar parte do corpo de capeláns da Armada destacando o seu paso por Ferrol, a Escola Naval de Marín, onde a bordo do navío Juan Sebastián Elcano, instruíu, entre outros, ao rei Felipe VI.

En setembro de 2003 volve á súa terra natal e é nomeado administrador parroquial de Gondollín, Pedrouzos, Mangoeiro e Ordes.

No ano 2009 é nomeado administrador parroquial de Brañas, San Xulián do Monte e Paradela. En 2011 administrador parroquial de Santiago de Xubial e dous anos despois administrador parroquial da Capela e Santa Eufemia do Monte.

Desde o ano 2016 era párroco da Unidade Pastoral n.º 2 do Arciprestado de Abeancos.

Don Roberto soubo conxugar na súa vida o gran amor á Igrexa, á familia, aos seus compañeiros e ás parroquias dunha forma maxistral, non esquecendo nunca ningunha desas realidades e sabendo actuar con humildade. Servicial en todo o que se lle pedía e pendente dos enfermos e os pobres das comunidades ás que serviu. De palabra amable e orixinal destacan as súas homilías fáciles de entender e escoitar e as súas innumerables anécdotas que tan ben contadas transportaban a tempos pasados. De corazón inqueda brotan tantas preocupacións de servir, pasase o que pasase, sen mirar o reloxo, ata a semana anterior ao falecemento, onde seguiu atendendo as parroquias e participou no retiro mensual do arciprestado.

Devoto da «naciña do ceo» como el mesmo dicía, a Virxe do Carme acompañouno desde o seu nacemento e durante tantos anos na Mariña, da cal tamén é patroa.

Que o Señor o condecure agora coa máis alta graduación á que calquera podemos aspirar, o abrazo eterno do Pai e a caricia maternal de María.

### **RVDO. D. AMALIO SATURNINO CUMPLIDO VILARIÑO**

O Rvdo. D. Amalio Saturnino Cumplido Vilariño, naceu na Parroquia de Santo Estevo de Cadrón, o día 4 de setembro de 1933. Tras realizar os Estudos Eclesiásticos no Seminario Diocesano de Lugo, foi ordenado sacerdote o día 28 de xuño de 1959 polo entón Bispo Auxiliar da Diocese, Dr. D. Antonio Ona de Echave.

O mesmo ano da súa ordenación sacerdotal foi designado Coadxutor da Parroquia de Santiago de Boente (Arzúa - Melide), e en maio de 1962, Administrador parroquial da mesma. En agosto deste mesmo ano é nomeado Ecónomo de Santa María de Cirio (Pol) con Fraialde, e no ano 1971, encargado de Santiago de Arcos (Pol). En decembro do ano 1988 é nomeado Administrador Parroquial de Santa María de Luaces (Pol) e do Salvador de Mosteiro, unida de San Pedro Fiz de Paz.

Querido e apreciado polos seus fregueses, durante varios anos, exerceu tamén o seu traballo pastoral cos mozos no campo do ensino no Instituto de Bacharelato de Meira como Profesor de Relixión.

Xubilado por razóns de idade e de enfermidade en Lalín, faleceu en Santiago de Compostela, na paz de Deus, o día 2 de marzo de 1918.

O sábado 3 de marzo, o Bispo da Diocese preside a Santa Misa de funeral na Parroquia de San Pedro de Ferreiroa (A Golada).

Con posterioridade, recibe cristiá sepultura na súa parroquia natal. Descanse en paz.

## **RVDO. D. JOSÉ LUÍS VARELA CEREIJO**

O Rvdo. D. José naceu na Parroquia de Santa Baia de Pedrafita (Chantada) o 21 de maio de 1939.

Foi ordenado presbítero en Lugo o 5 de xuño de 1964, sendo o prelado ordenante o Dr. D. Antonio Ona de Echave.

En 1964 é nomeado Ecónomo de Santa Isabel da Enciñeira.

A partir do ano 1971 pasa a prestar os seus servizos ministeriais á Arquidiocese de Oviedo, incardinándose a esta no ano 2000.

Faleceu o 25 de marzo de 2018 e o seu funeral estivo presidido polo Ilmo. Sr. D. José Mario Vázquez Carballo (Vicario Xeral) o día 26 de marzo na igrexa parroquial de Santa Mariña de Chantada.

Nas parroquias onde exerceu en Asturias foi moi querido e apreciado. Descanse en paz.

## **RVDO. D. MANUEL GONZÁLEZ FERNÁNDEZ**

O Rvdo. D. Manuel González Fernández naceu na Parroquia de San Pedro de Doade, unida a San Xoán de Vilanova (Lalín), o día 26 de abril de 1935.

Foi ordenado sacerdote en Lugo o 29 de xuño de 1960 por Dr. D. Antonio Ona de Echave, naquel entón bispo auxiliar de Lugo. En setembro do mesmo ano é nomeado ecónomo de Santa María de Pin e encargado de Santiago de Peñamil en Navia de Suarna.

No ano 1966 é nomeado ecónomo de San Xoán de Bouzoa (Taboada), Parroquia na que exerceu o seu sacerdocio durante máis de 30 anos con fidelidade á súa vocación de servizo sacerdotal e con entrega continuada á Parroquia. En 1983 o bispo Fr. José Gómez González encárgalle tamén a Parroquia de San Estevo de Ansar e en 1986, administrador parroquial de Santa María de Taboada dos Freires.

No ano 1999 foi nomeado administrador parroquial de Santiago de Esperante.

Finalmente, o actual bispo D. Alfonso Carrasco Rouco, despois de oír aos presbíteros que exercían o ministerio no Arciprestado, nomeouno, en novembro de 2008, arcipreste de Insua-Taboada por cinco anos.

De trato elegante e respetuoso, fomentou, cos seus compañeiros sacerdotes a amizade e o coidado dos presbíteros residentes na súa zona así como a convivencia e o decoro das celebracións. Despois dunha longa enfermidade, foi coidado con cariño e esmero na Residencia da Terceira Idade, «O meu fogar», da Fundación San Rosendo. Aínda coa súa enfermidade, participou sempre nos actos organizados en común para o ben das parroquias.

O 19 de abril de 2018 faleceu na paz de Deus rodeado do cariño e afecto dos seus compañeiros e coidadores.

O señor Bispo da Diocese presidiu a celebración do seu funeral en Taboada. Con posterioridade recibiu cristiá sepultura na súa Parroquia natal do Deza. Descanse en paz.

## APORTACIÓN DA DIOCESE PARA RESTAURACIÓN E REHABILITACIÓN DE IGREXAS E REITORAIS NO ANO 2017

### Achega para obras en igrexas

|   |             |
|---|-------------|
| Igrexa San Miguel de Brocos . . . . .                     | 10.000,00 € |
| Igrexa Santo Tomé do Carballo (Taboada) . . . . .         | 6.000,00 €  |
| Igrexa Santiago de Castelo dos Infantes . . . . .         | 22.500,00 € |
| Igrexa San Martiño de Castro Soengas . . . . .            | 8.600,00 €  |
| Igrexa San Xoán de Chavaga . . . . .                      | 10.500,00 € |
| Igrexa de Santiago de Fafián (Rodeiro). . . . .           | 2.800,00 €  |
| Capela de San Cristovo (en Fisteus) . . . . .             | 2.500,00 €  |
| Igrexa San Nicolás de Folgueira . . . . .                 | 17.000,00 € |
| Igrexa Santiago de Masoucos . . . . .                     | 14.000,00 € |
| Igrexa San Xosé de Santalla. . . . .                      | 25.000,00 € |
| Capela de San Román (A Fontaneira). . . . .               | 3.000,00 €  |
| Igrexa San Xoán de Outeiro de Rei . . . . .               | 5.000,00 €  |
| Igrexa de San Martiño de Prado . . . . .                  | 2.600,00 €  |
| Igrexa San Silvestre de Freixo (Convenio Mixto) . . . . . | 54.000,00 € |
| Igrexa Santiago de Vilaiz . . . . .                       | 4.000,00 €  |
| Igrexa San Vicente de Pedreda . . . . .                   | 15.712,00 € |
| Igrexa San Pedro de Villantime . . . . .                  | 12.000,00 € |
| Igrexa de Santa María Alta . . . . .                      | 4.992,00 €  |
| Capela de San Roque (Lugo) . . . . .                      | 2.000,00 €  |
| Igrexa San Miguel de Vilapedre . . . . .                  | 10.000,00 € |

**Aportación para obras en reitorais**

|  |              |
|--|--------------|
| Vivenda sacerdotal de Fonsagrada . . . . .     | 7.000, 00 €  |
| Vivenda sacerdotal de Paradela . . . . .       | 11.700, 00 € |
| Rectoral de San Xulián da Veiga . . . . .      | 14.500, 00 € |
| Rectoral de Santa María de Cortegada . . . . . | 1.936, 00 €  |
| Vivenda sacerdotal de A Milagrosa . . . . .    | 54.000, 00 € |



## NOTICIAS VARIAS

### XANEIRO 2018

#### **Festival misioneiro**

Obras Misionais Pontificias e a Delegación de Misións de Lugo organizaron o día 19 de xaneiro no salón da parroquia O Bo Pastor un festival misioneiro para nenos e pais. Contouse coa presenza do novo xogador do Club Baloncesto Breogán, Hervé Kabasele e coa Escola de Maxia de Ana Tamariz, filla do mítico mago Juan Tamariz.



**Jesús Santiago, Delegado de Misións dirixe a oración inicial**

O xogador do Breogán, natural da República Democrática do Congo, tivo un encontro cos nenos e compartiu con eles a súa experiencia. Os nenos entregaron material escolar ao xogador, quen o fai chegar aos nenos do seu país de orixe. Deste xeito, promóvense valores de solidariedade.

A continuación, a Escola de Maxia presentou o seu espectáculo titulado *Maxia e Alegría!*. Por medio da maxia, pretendíase infundir nos nenos a actitude da alegría, ademais de pasar un intre moi agradable. Esta Escola de Maxia veu de forma totalmente gratuíta, para colaborar na promoción da solidariedade e do espírito misioneiro entre os nenos.

### **Celebración de San Tomé de Aquino no Seminario diocesano de Lugo**

O venres 26 de xaneiro, con motivo da festividade de San Tomé de Aquino o Seminario Diocesano de Lugo, o Instituto Teolóxico Lucense e o Instituto Superior de Ciencias Relixiosas (extensión en Lugo da Universidade San Dámaso) organizou os seguintes actos:

- Ás 19 h na Aula Magna houbo unha conferencia do profesor no Instituto Teolóxico Divino Mestre de Ourense, José Ramón Hernández Figueiredo, que falou dos antecedentes históricos modernos das conferencias episcopais (séculos XIX e XX).
- Ás 20 h na Capela Maior, Mons. Alfonso Carrasco Rouco presidiu a Eucaristía.



**Celebración de San Tomé no Seminario**

## FEBREIRO

### **Xornada de Portas Abertas no Seminario Menor**

O venres 2 de febreiro o Seminario Menor Diocesano celebrou a I Xornada de Portas Abertas do curso. Estaba dirixida ás familias e aos rapaces interesados no coñecemento do Seminario Menor, así como a calquera outra persoa desexosa de achegarse a esta realidade diocesana.

Déronse a coñecer a proposta educativa, as instalacións, o funcionamento común da vida académica e comunitaria, algunhas das actividades e proxectos que se realizan ao longo do curso.

O Seminario Menor con 41 alumnos, dos cales 24 son residentes (as 24 h.) e 17 mediopensionistas (están no Seminario desde as 08:45 h. ás 19.30 h., opcional ata as 20.45 h.), distribuídos nos catro cursos da ESO e nos dous cursos de BAC. Nun ritmo de xornada única (clase durante as mañás e distribuídas pola tarde as outras propostas e actividades de estudo ou extraescolares).

Esta comunidade educativa dispón dun edificio completamente novo, con numerosas aulas, varios laboratorios, aulas-taller, pavillón polideportivo, patio exterior, cociña e comedores, capelas, salóns de estudo, ampla biblioteca e 60 habitacións individuais con baño.

Desde esta realidade presente, o Seminario Menor afronta o reto de seguir propoñéndose como unha opción de gran interese e como un recurso educativo diocesano de primeira orde, dándose a coñecer cada vez máis e favorecendo, así mesmo a colaboración diocesana coas súas necesidades (potenciando a tradición de bolsas de estudo e axudas particulares ou parroquiais para os seminaristas con dificultades).

### **Celebración da xornada pola Vida Consagrada. Xubileu das Comunidades Relixiosas no Corpiño**

O Santuario do Corpiño acolleu o sábado 3 de febreiro o Xubileu das Comunidades Relixiosas de vida activa e contemplativa,

Ata o santuario mariano acudiron membros das congregacións relixiosas da Diocese para celebrar o seu día á vez que gañaron o xubileu.

Ás 12 h o bispo Mons. Alfonso Carrasco Rouco presidiu a Eucaristía. Acompañábo o Vicario Xeral Mario Vázquez Carballo e varios sacerdotes, entre os cales atopábase o Reitor do Santuario.

### **Novena en honra da Nosa Señora de Lourdes**

Do sábado, día 3, ao domingo día 11, ás 19.30 h, na igrexa parroquial de San Froilán de Lugo, celebrouse a Novena en honra da Nosa Señora de Lourdes. Cada día estivo presidida por un sacerdote peregrino da Hospitalidade Diocesana da Nosa Señora de Lourdes de Lugo, que era a organizadora da Novena.

## **MARZO**

### **Presentación da Semana Santa de Lugo 2018**

O 14 de marzo presentouse, na capela de san Froilán da Catedral de Lugo, o programa e cartel da Semana Santa deste ano.

No acto de presentación estiveron presentes o Vicario Xeral da Diocese, Mario Vázquez Carballo, a concelleira, Carmen Basadre, o deputado provincial, Eduardo Vidal e o coordinador da Xunta de Confrarías da cidade, Ramón Basanta.

O coordinador da Xunta de Confrarías, Ramón Basanta, fixo un percorrido polos actos que terían lugar en Semana Santa, destacando que este ano por primeira vez na procesión do Martes Santo tería lugar, á altura do convento franciscano, o acto do Encontro de María con Xesús camiño ao Calvario. O Exército de Terra que acompaña a esta procesión interpretaría un cántico propio do momento.

Anunciouse o pregoeiro deste ano: o Deputado por Lugo no Congreso, Joaquín M.<sup>a</sup> García Díez e deuse a coñecer o cartel da Semana Santa, que é obra do fotógrafo lucense Eduardo Ochoa.

### *Singularidades da Semana Santa de Lugo*

A Semana Santa de Lugo conta cunha antiga tradición. Os actos e procesións sucédense ao longo de toda a semana, pero quizais sexan fundamentalmente dous os momentos que a singularizan e a fan especial, en tanto que non se coñecen en España outros actos similares.

- A Catedral de Lugo goza do privilexio inmemorial da exposición permanente do Santísimo Sacramento na súa Capela Maior. Recentemente concedéuselle a renovación da Indulgencia plenaria cotiá e perpetua. Este privilexio permite que a tarde do Xoves Santo e o Domingo de Pascua, a Sagrada forma no cáliz doado á Catedral polo bispo Baamonde no ano 1461 procesione polas rúas de Lugo sobre unha carroza que representa aos apóstolos e a Xesús sentados á mesa na última cea.
- O outro acto excepcional propio da Semana Santa de Lugo é o que se desenvolve na mañá de Pascua entre Cristo Resucitado e a súa Nai. En Lugo este acto celébrase dentro dunha fermosa cerimonia que na actualidade é considerada como o acto máis antigo da Semana Santa Lucense. Esta procesión, de orixe medieval, está íntimamente ligada co convento de Santo Domingo e co Concello municipal que tiña nun dos seus laterais a Capela da súa patroa Nosa Sra. do Rosario. Os actos comezaban ata fai poucos anos na igrexa de Santiago A Nova coa saída da procesión e a imaxe da Virxe cuberta cun veo negro. A imaxe vai sobre andas portadas por catro policía municipais ata o recinto catedralicio. No momento da consagración tiña lugar un acto moi emotivo: aos acordes da marcha real, a tapa que cobre a sagrada forma no tabernáculo viraba sobre si mediante un curioso mecanismo deixando ver a Hostia Sagrada, destápase a imaxe da Virxe e colócase no seu colo o neno Xesús.

Isto repetiuse, con lixeiras matizacións propias de cada época, ano tras ano na cidade de Lugo ao longo dos últimos séculos e é o testemuño vivo da antigüidade da Semana Maior lucense.

## ABRIL

### **Celebración da Misa Crismal**

O mércores 28 de abril ás 11 h na Catedral de Lugo, o Bispo Mons. Alfonso Carrasco Rouco, presidiu a Misa Crismal na que concelebran os sacerdotes da Diocese.

Nesta celebración, que manifesta a comunión do Bispo cos seus presbíteros, bendínense os óleos que despois se reparten ás parroquias da Diocese para a administración dos sacramentos ao longo do ano.



**Celebración da Misa Crismal**

### **Ordenación Sacerdotal de Nicolás Susena Presas**

O sábado 14 de abril, ás 17 h a Catedral de Lugo acolleu a ordenación sacerdotal de Nicolás Susena Presas (Lalín, 1992).

Nicolás Susena realizou no seu pobo natal os seus estudos de primaria, secundaria e bacharelato, estes últimos no instituto Ramón María Aller Ulloa.



Obtivo o grado en Estudos Eclesiásticos na Universidade San Dámaso, Madrid. E realiza un máster en Ciencias do matrimonio e a familia no Instituto Juan Pablo II, con sede en Madrid, á vez que se especializa en teoloxía moral na Universidade San Dámaso.

A súa colaboración pastoral na etapa de diaconado realizouna na Parroquia da Milagrosa, en Lugo, á vez que realiza os estudos en Madrid e colabora, tamén, na Parroquia San Juan Crisóstomo de devandita cidade.

### *Algúns datos*

- Desde o ano 2010 foron ordenados seis sacerdotes nesta Diocese.
- Na actualidade, no Seminario diocesano de Lugo hai catro seminaristas maiores. E o Seminario Redemptoris Mater, que comparte as instalacións co Seminario diocesano, conta con seis seminaristas maiores.

### **XL Curso rexional de Pastoral da Saúde *Acompañar á familia na enfermidade***

Durante a fin de semana do 21 e 22 de abril, máis de 120 persoas de toda Galicia participaron no XL Curso rexional organizado pola Pastoral da saúde. O tema tratado foi o *Acompañamento á familia na enfermidade*. Pois cando unha persoa está doente, sofre toda a familia.

## Programa

### **Sábado, 21**

11:30 Conferencia a cargo de D. Jesús Martínez Carracedo, Ecónomo da Diocese de Tui-Vigo e Párroco do Sagrado Corazón de Vigo: *O acompañamento á familia na enfermidade.*

13:00 Conferencia a cargo de D. José María Hevia Álvarez, sacerdote e ex-reitor e ex-profesor do Seminario de Oviedo: *Acompañamento da familia na enfermidade á luz da Amoris Laetitiaie.*

14:15 Comida.

16:30 Conferencia a cargo do Teólogo, Máster en *Counselling* e Máster en Intervención en Dó, Franklin Fuentes, relixioso Camilo: *O coidado da familia e o enfermo na escritura*

18:30 Visita á Catedral de Lugo e Museo Diocesano

20:00 Oración na Catedral.

22:00 Velada a cargo da Compañía de Teatro do Hospital de Lugo

### **Domingo, 22**

10:00 Mesa redonda / panel de experiencias de distintos ámbitos e realidades no acompañamento á familia na dor, na enfermidade e no sufrimento.

Participantes:

- Delegado de Pastoral Rural de Mondoñedo-Ferrol e voluntario de Proxecto Home, Manuel Regal Ledo.
- Delegada de Pastoral da Saúde de Mondoñedo-Ferrol e Persoa Idónea no Hospital Arquitecto Marcide de Ferrol, e secretaria do SIPS Galicia, María García Heras.
- Educadora Social, Auxiliar de enfermería no HULA e membro do Centro de Orientación Familiar Diocesano de Lugo, Sonia Abeledo Sánchez.
- Filla da Caridade do Centro de San Vicente de Paul, Julia del Barrio González
- Secretaria Xeral de Cáritas Lugo, Mónica Yáñez Devesa

13:00 Eucaristía dominical na Parroquia de San Xoán de Pena (Nadela)







## **NOTA DOS BISPOS DA PROVINCIA ECLESIAÍSTICA DE SANTIAGO ANTE A SOLEMNIDADE DE SAN XOSÉ**

A persoa e a vida de San Xosé teñen na historia da nosa salvación unha importancia que foi recoñecida sempre pola sagrada Liturxia e as leis canónicas ao propoñer a súa festa como día de precepto (cf. canon 1246). A Igrexa vénrao con especial honra como patrón, a quen o Señor constituíu sobre a súa familia. Tradicionalmente o pobo cristián secundou esta norma dando un significativo realce familiar e social á festa do 19 de marzo.

Neste ano 2018, este día foi declarado laborable na Comunidade Autónoma de Galicia.

Ante a necesidade de fixar claramente o tratamento que dita festa debe ter por parte da comunidade católica, os Bispos da Provincia Eclesiástica de Santiago acordamos manter nas Dioceses respectivas o carácter festivo deste día. En consecuencia, e para coñecemento dos fieis, dispoñemos:

1. Manter o 19 de marzo, solemnidade de San Xosé, festa de precepto, coa obrigación de participar na Santa Misa, aínda que sexa laboralmente hábil.
2. Aqueles fieis que teñan xornada laboral ordinaria quedan dispensados do precepto, aínda que se lles pide e recomenda vivamente a participación na Eucaristía dese día de festa dedicado a San Xosé, Esposo da Virxe.
3. Pedir, igualmente, aos párrocos e reitores de igrexas que informen os fieis con antelación destas decisións e acomoden no posible os horarios de misas ás posibilidades e necesidades dos fieis.

4. Ao coincidir a celebración do Día do Seminario coa festividade de San Xosé, a oración e a colecta para o Seminario Diocesano serán trasladadas á tarde do sábado, día 17, e ao domingo, día 18 de marzo.

5. Seguindo o calendario litúrxico, a Solemnidade de San Xosé celebrárase unicamente ao longo do día 19 de marzo.

- + Julián, Arcebispo de Santiago.
- + Luis, Bispo de Tui-Vigo.
- + Alfonso, Bispo de Lugo.
- + José Leonardo, Bispo de Ourense.
- + Luis Ángel cmf, Bispo de Mondoñedo-Ferrol.
- + Jesús, Bispo Auxiliar de Santiago.

# Santa Sede



- Mensaje del Santo Padre Francisco para la 52 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales «La verdad os hará libres» (Jn 8, 32). *Fake news* y periodismo de paz
- Congregación para la Doctrina de la Fe. Carta *Placuit Deo* a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 52 JORNADA  
MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**«LA VERDAD OS HARÁ LIBRES» (JN 8, 32).  
FAKE NEWS Y PERIODISMO DE PAZ**

*Queridos hermanos y hermanas:*

En el proyecto de Dios, la comunicación humana es una modalidad esencial para vivir la comunión. El ser humano, imagen y semejanza del Creador, es capaz de expresar y compartir la verdad, el bien, la belleza. Es capaz de contar su propia experiencia y describir el mundo, y de construir así la memoria y la comprensión de los acontecimientos.

Pero el hombre, si sigue su propio egoísmo orgulloso, puede también hacer un mal uso de la facultad de comunicar, como muestran desde el principio los episodios bíblicos de Caín y Abel, y de la Torre de Babel (cf. *Gn* 4, 1-16; 11, 1-9). La alteración de la verdad es el síntoma típico de tal distorsión, tanto en el plano individual como en el colectivo. Por el contrario, en la fidelidad a la lógica de Dios, la comunicación se convierte en lugar para expresar la propia responsabilidad en la búsqueda de la verdad y en la construcción del bien.

Hoy, en un contexto de comunicación cada vez más veloz e inmersos dentro de un sistema digital, asistimos al fenómeno de las noticias falsas, las llamadas «*fake news*». Dicho fenómeno nos llama a la reflexión; por eso he dedicado este mensaje al tema de la verdad, como ya hicieron en diversas ocasiones mis predecesores a partir de Pablo VI (cf. Mensaje de 1972: «Los instrumentos de comunicación social al servicio de la verdad»). Quisiera ofrecer de este modo una aportación al esfuerzo común para prevenir la difusión de las noticias falsas, y para redescubrir el valor de la profesión periodística y la responsabilidad personal de cada uno en la comunicación de la verdad.

## 1. ¿Qué hay de falso en las «noticias falsas»?

«*Fake news*» es un término discutido y también objeto de debate. Generalmente alude a la desinformación difundida *online* o en los medios de comunicación tradicionales. Esta expresión se refiere, por tanto, a informaciones infundadas, basadas en datos inexistentes o distorsionados, que tienen como finalidad engañar o incluso manipular al lector para alcanzar determinados objetivos, influenciar las decisiones políticas u obtener ganancias económicas.

La eficacia de las *fake news* se debe, en primer lugar, a su *naturaleza mimética*, es decir, a su capacidad de aparecer como plausibles. En segundo lugar, estas noticias, falsas pero verosímiles, son capciosas, en el sentido de que son hábiles para capturar la atención de los destinatarios poniendo el acento en estereotipos y prejuicios extendidos dentro de un tejido social, y se apoyan en emociones fáciles de suscitar, como el ansia, el desprecio, la rabia y la frustración. Su difusión puede contar con el uso manipulador de las redes sociales y de las lógicas que garantizan su funcionamiento. De este modo, los contenidos, a pesar de carecer de fundamento, obtienen una visibilidad tal que incluso los desmentidos oficiales difícilmente consiguen contener los daños que producen.

La dificultad para desenmascarar y erradicar las *fake news* se debe asimismo al hecho de que las personas a menudo interactúan dentro de ambientes digitales homogéneos e impermeables a perspectivas y opiniones divergentes. El resultado de esta *lógica de la desinformación* es que, en lugar de realizar una sana comparación con otras fuentes de información, lo que podría poner en discusión positivamente los prejuicios y abrir un diálogo constructivo, se corre el riesgo de convertirse en actores involuntarios de la difusión de opiniones sectarias e infundadas. El drama de la desinformación es el desacreditar al otro, el presentarlo como enemigo, hasta llegar a la demonización que favorece los conflictos. Las noticias falsas revelan así la presencia de actitudes intolerantes e hipersensibles al mismo tiempo, con el único resultado de extender el peligro de la arrogancia y el odio. A esto conduce, en último análisis, la falsedad.



## 2. ¿Cómo podemos reconocerlas?

Ninguno de nosotros puede eximirse de la responsabilidad de hacer frente a estas falsedades. No es tarea fácil, porque la desinformación se basa frecuentemente en discursos heterogéneos, intencionadamente evasivos y sutilmente engañosos, y se sirve a veces de mecanismos refinados. Por eso son loables las iniciativas educativas que permiten aprender a leer y valorar el contexto comunicativo, y enseñan a no ser divulgadores inconscientes de la desinformación, sino activos en su desvelamiento. Son asimismo encomiables las iniciativas institucionales y jurídicas encaminadas a concretar normas que se opongan a este fenómeno, así como las que han puesto en marcha las compañías tecnológicas y de medios de comunicación, dirigidas a definir nuevos criterios para la verificación de las identidades personales que se esconden detrás de millones de perfiles digitales.

Pero la prevención y la identificación de los mecanismos de la desinformación requieren también un discernimiento atento y profundo. En efecto, se ha de desenmascarar la que se podría definir como la «lógica de la serpiente», capaz de camuflarse en todas partes y morder. Se trata de la estrategia utilizada por la «serpiente astuta» de la que habla el *Libro del Génesis*, la cual, en los albores de la humanidad, fue la artífice de la primera *fake news* (cf. *Gn* 3, 1-15), que llevó a las trágicas consecuencias del pecado, y que se concretizaron luego en el primer fratricidio (cf. *Gn* 4) y en otras innumerables formas de mal contra Dios, el prójimo, la sociedad y la creación.

La estrategia de este hábil «padre de la mentira» (*Jn* 8, 44) es la *mímesis*, una insidiosa y peligrosa seducción que se abre camino en el corazón del hombre con argumentaciones falsas y atrayentes. En la narración del pecado original, el tentador, efectivamente, se acerca a la mujer fingiendo ser su amigo e interesarse por su bien, y comienza su discurso con una afirmación verdadera, pero sólo en parte: «¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?» (*Gn* 3, 1). En realidad, lo que Dios había dicho a Adán no era que no comieran de *ningún árbol*, sino tan solo de *un árbol*: «Del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás» (*Gn* 2, 17). La mujer, respondiendo, se lo explica a la serpiente, pero se deja atraer por su provocación: «Podemos comer los frutos de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en mitad del jardín nos

ha dicho Dios: «No comáis de él ni lo toquéis, de lo contrario moriréis» (Gn 3, 2). Esta respuesta tiene un sabor legalista y pesimista: habiendo dado credibilidad al falsario y dejándose seducir por su versión de los hechos, la mujer se deja engañar. Por eso, enseguida presta atención cuando le asegura: «No, no moriréis» (v. 4). Luego, la deconstrucción del tentador asume una apariencia creíble: «Dios sabe que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal» (v. 5). Finalmente, se llega a desacreditar la recomendación paternal de Dios, que estaba dirigida al bien, para seguir la seductora incitación del enemigo: «La mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer, atrayente a los ojos y deseable» (v. 6). Este episodio bíblico revela por tanto un hecho esencial para nuestro razonamiento: ninguna desinformación es inocua; por el contrario, fiarse de lo que es falso produce consecuencias nefastas. Incluso una distorsión de la verdad aparentemente leve puede tener efectos peligrosos.

De lo que se trata, de hecho, es de nuestra codicia. Las *fake news* se convierten a menudo en virales, es decir, se difunden de modo veloz y difícilmente manejable, no a causa de la lógica de compartir que caracteriza a las redes sociales, sino más bien por la codicia insaciable que se enciende fácilmente en el ser humano.

Las mismas motivaciones económicas y oportunistas de la desinformación tienen su raíz en la sed de poder, de tener y de gozar que en último término nos hace víctimas de un engaño mucho más trágico que el de sus manifestaciones individuales: el del mal que se mueve de falsedad en falsedad para robarnos la libertad del corazón. He aquí porqué educar en la verdad significa educar para saber discernir, valorar y ponderar los deseos y las inclinaciones que se mueven dentro de nosotros, para no encontrarnos privados del bien «cayendo» en cada tentación.

### **3. «La verdad os hará libres» (Jn 8, 32)**

La continua contaminación a través de un lenguaje engañoso termina por ofuscar la interioridad de la persona. Dostoyevski escribió algo interesante en este sentido: «Quien se miente a sí mismo y escucha sus propias

mentiras, llega al punto de no poder distinguir la verdad, ni dentro de sí mismo ni en torno a sí, y de este modo comienza a perder el respeto a sí mismo y a los demás. Luego, como ya no estima a nadie, deja también de amar, y para distraer el tedio que produce la falta de cariño y ocuparse en algo, se entrega a las pasiones y a los placeres más bajos; y por culpa de sus vicios, se hace como una bestia. Y todo esto deriva del continuo mentir a los demás y a sí mismo» (*Los hermanos Karamazov*, II, 2).

Entonces, ¿cómo defendernos? El antídoto más eficaz contra el virus de la falsedad es dejarse purificar por la verdad. En la visión cristiana, la verdad no es sólo una realidad conceptual que se refiere al juicio sobre las cosas, definiéndolas como verdaderas o falsas. La verdad no es solamente el sacar a la luz cosas oscuras, «desvelar la realidad», como lleva a pensar el antiguo término griego que la designa, *aletheia* (de *a-lethès*, «no escondido»). La verdad tiene que ver con la vida entera. En la Biblia tiene el significado de apoyo, solidez, confianza, como da a entender la raíz *'aman*, de la cual procede también el *Amén* litúrgico. La verdad es aquello sobre lo que uno se puede apoyar para no caer. En este sentido relacional, el único verdaderamente fiable y digno de confianza, sobre el que se puede contar siempre, es decir, «verdadero», es el Dios vivo. He aquí la afirmación de Jesús: «Yo soy la verdad» (*Jn* 14, 6). El hombre, por tanto, descubre y redescubre la verdad cuando la experimenta en sí mismo como fidelidad y fiabilidad de quien lo ama. Sólo esto libera al hombre: «La verdad os hará libres» (*Jn* 8, 32).

Liberación de la falsedad y búsqueda de la relación: he aquí los dos ingredientes que no pueden faltar para que nuestras palabras y nuestros gestos sean verdaderos, auténticos, dignos de confianza. Para discernir la verdad es preciso distinguir lo que favorece la comunión y promueve el bien, y lo que, por el contrario, tiende a aislar, dividir y contraponer. La verdad, por tanto, no se alcanza realmente cuando se impone como algo extrínseco e impersonal; en cambio, brota de relaciones libres entre las personas, en la escucha recíproca. Además, nunca se deja de buscar la verdad, porque siempre está al acecho la falsedad, también cuando se dicen cosas verdaderas. Una argumentación impecable puede apoyarse sobre hechos innegables, pero si se utiliza para herir a otro y desacreditar-

lo a los ojos de los demás, por más que parezca justa, no contiene en sí la verdad. Por sus frutos podemos distinguir la verdad de los enunciados: si suscitan polémica, fomentan divisiones, infunden resignación; o si, por el contrario, llevan a la reflexión consciente y madura, al diálogo constructivo, a una laboriosidad provechosa.

#### **4. La paz es la verdadera noticia**

El mejor antídoto contra las falsedades no son las estrategias, sino las personas, personas que, libres de la codicia, están dispuestas a escuchar, y permiten que la verdad emerja a través de la fatiga de un diálogo sincero; personas que, atraídas por el bien, se responsabilizan en el uso del lenguaje. Si el camino para evitar la expansión de la desinformación es la responsabilidad, quien tiene un compromiso especial es el que por su oficio tiene la responsabilidad de informar, es decir: el periodista, *custodio de las noticias*. Este, en el mundo contemporáneo, no realiza sólo un trabajo, sino una verdadera y propia misión. Tiene la tarea, en el frenesí de las noticias y en el torbellino de las primicias, de recordar que en el centro de la noticia no está la velocidad en darla y el impacto sobre las cifras de audiencia, sino *las personas*. Informar es formar, es involucrarse en la vida de las personas. Por eso la verificación de las fuentes y la custodia de la comunicación son verdaderos y propios procesos de desarrollo del bien que generan confianza y abren caminos de comunión y de paz.

Por lo tanto, deseo dirigir un llamamiento a promover un *periodismo de paz*, sin entender con esta expresión un periodismo «buenista» que niegue la existencia de problemas graves y asuma tonos empalagosos. Me refiero, por el contrario, a un periodismo sin fingimientos, hostil a las falsedades, a eslóganes efectistas y a declaraciones altisonantes; un periodismo hecho por personas para personas, y que se comprende como servicio a todos, especialmente a aquellos —y son la mayoría en el mundo— que no tienen voz; un periodismo que no queme las noticias, sino que se esfuerce en buscar las causas reales de los conflictos, para favorecer la comprensión de sus raíces y su superación a través de la puesta en marcha de procesos virtuosos; un periodismo empeñado en indicar soluciones alternativas a la escalada del clamor y de la violencia verbal.

Por eso, inspirándonos en una oración franciscana, podríamos dirigirnos a la Verdad en persona de la siguiente manera:

*Señor, haznos instrumentos de tu paz.*

*Haznos reconocer el mal que se insinúa en una comunicación que no crea comunión.*

*Haznos capaces de quitar el veneno de nuestros juicios.*

*Ayúdanos a hablar de los otros como de hermanos y hermanas.*

*Tú eres fiel y digno de confianza; haz que nuestras palabras sean semillas de bien para el mundo:*

*donde hay ruido, haz que practiquemos la escucha;*

*donde hay confusión, haz que inspiremos armonía;*

*donde hay ambigüedad, haz que llevemos claridad;*

*donde hay exclusión, haz que llevemos el compartir;*

*donde hay sensacionalismo, haz que usemos la sobriedad;*

*donde hay superficialidad, haz que planteemos interrogantes*

*verdaderos;*

*donde hay prejuicio, haz que suscitemos confianza;*

*donde hay agresividad, haz que llevemos respeto;*

*donde hay falsedad, haz que llevemos verdad.*

*Amén.*

**Francisco**

## CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

**CARTA *PLACUIT DEO* A LOS OBISPOS DE LA IGLESIA  
CATÓLICA SOBRE ALGUNOS ASPECTOS DE LA  
SALVACIÓN CRISTIANA****I. Introducción**

1. «Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (cf. Ef 1, 9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. Ef 2, 18; 2 P 1, 4). [...] Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación»<sup>1</sup>. La enseñanza sobre la salvación en Cristo requiere siempre ser profundizada nuevamente. Manteniendo fija la mirada en el Señor Jesús, la Iglesia se dirige con amor materno a todos los hombres, para anunciarles todo el designio de la Alianza del Padre que, a través del Espíritu Santo, quiere «recapitular en Cristo todas las cosas» (cf. Ef 1, 10). La presente Carta pretende resaltar, en el surco de la gran tradición de la fe y con particular referencia a la enseñanza del Papa Francisco, algunos aspectos de la salvación cristiana que hoy pueden ser difíciles de comprender debido a las recientes transformaciones culturales.

**II. El impacto de las transformaciones culturales de hoy en el significado de la salvación cristiana**

2. El mundo contemporáneo percibe no sin dificultad la confesión de la fe cristiana, que proclama a Jesús como el único Salvador de todo el hom-

---

<sup>1</sup> Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, n. 2.

bre y de toda la humanidad (cf. Hch 4, 12; Rm 3, 23-24; 1 Tm 2, 4-5; Tt 2, 11-15)<sup>2</sup>. Por un lado, el individualismo centrado en el sujeto autónomo tiende a ver al hombre como un ser cuya realización depende únicamente de su fuerza<sup>3</sup>. En esta visión, la figura de Cristo corresponde más a un modelo que inspira acciones generosas, con sus palabras y gestos, que a Aquel que transforma la condición humana, incorporándonos en una nueva existencia reconciliada con el Padre y entre nosotros a través del Espíritu (cf. 2 Co 5, 19; Ef 2, 18). Por otro lado, se extiende la visión de una salvación meramente interior, la cual tal vez suscite una fuerte convicción personal, o un sentimiento intenso, de estar unidos a Dios, pero no llega a asumir, sanar y renovar nuestras relaciones con los demás y con el mundo creado. Desde esta perspectiva, se hace difícil comprender el significado de la Encarnación del Verbo, por la cual se convirtió miembro de la familia humana, asumiendo nuestra carne y nuestra historia, por nosotros los hombres y por nuestra salvación.

3. El Santo Padre Francisco, en su magisterio ordinario, se ha referido a menudo a dos tendencias que representan las dos desviaciones que acabamos de mencionar y que en algunos aspectos se asemejan a dos antiguas herejías: el pelagianismo y el gnosticismo<sup>4</sup>. En nuestros tiempos, prolifera una especie de neo-pelagianismo para el cual el individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los demás. La salvación es entonces confiada a las fuerzas del individuo, o las estructuras puramente humanas, incapaces de acoger la novedad del Espíritu de Dios<sup>5</sup>. Un cierto neo-gnosticismo, por su parte, presenta una salvación meramente

---

2 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Decl. *Dominus Iesus* (6 de agosto del 2000), nn. 5-8: AAS 92 (2000), 745-749.

3 Cf. Francisco, Exhort. apost. *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), n. 67: AAS 105 (2013), 1048.

4 Cf. Id., Carta enc. *Lumen fidei* (29 de junio de 2013), n. 47: AAS 105 (2013), 586-587; Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, nn. 93-94: AAS (2013), 1059; *Encuentro con los participantes en el V Congreso de la Iglesia Italiana*, Florencia (10 de noviembre de 2015): AAS 107 (2015), 1287.

5 Cf. Id., *Encuentro con los participantes en el V Congreso de la Iglesia Italiana*, Florencia (10 de noviembre de 2015): AAS 107 (2015), 1288.

interior, encerrada en el subjetivismo<sup>6</sup>, que consiste en elevarse «con el intelecto hasta los misterios de la divinidad desconocida»<sup>7</sup>. Se pretende, de esta forma, liberar a la persona del cuerpo y del cosmos material, en los cuales ya no se descubren las huellas de la mano providente del Creador, sino que ve sólo una realidad sin sentido, ajena de la identidad última de la persona, y manipulable de acuerdo con los intereses del hombre<sup>8</sup>. Por otro lado, está claro que la comparación con las herejías pelagiana y gnóstica solo se refiere a rasgos generales comunes, sin entrar en juicios sobre la naturaleza exacta de los antiguos errores. De hecho, la diferencia entre el contexto histórico secularizado de hoy y el de los primeros siglos cristianos, en el que nacieron estas herejías, es grande<sup>9</sup>. Sin embargo, en la medida en que el gnosticismo y el pelagianismo son peligros perennes de una errada comprensión de la fe bíblica, es posible encontrar cierta familiaridad con los movimientos contemporáneos apenas descritos.

4. Tanto el individualismo neo-pelagiano como el desprecio neo-gnóstico del cuerpo deforman la confesión de fe en Cristo, el Salvador único y universal. ¿Cómo podría Cristo mediar en la Alianza de toda la familia

6 Cf. Id., Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, n. 94: AAS 105 (2013), 1059: «la fascinación del gnosticismo, una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos»; Consejo Pontificio de la Cultura - Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo, portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la «Nueva Era»* (enero de 2003), Ciudad del Vaticano 2003.

7 Francisco, Carta. enc. *Lumen fidei*, n. 47: AAS 105 (2013), 586-587.

8 Cf. Id., *Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en la peregrinación de la diócesis de Brescia* (22 de junio de 2013): AAS 95 (2013), 627: «en este mundo donde se niega al hombre, donde se prefiere caminar por la senda del gnosticismo, [...] del «nada de carne» —un Dios que no se hizo carne».

9 Según la herejía pelagiana, desarrollada durante el siglo V alrededor de Pelagio, el hombre, para cumplir los mandamientos de Dios y ser salvado, necesita de la gracia solo como una ayuda externa a su libertad (a manera de luz, ejemplo, fuerza), pero no como una curación y regeneración radical de la libertad, sin mérito previo, para que pueda hacer el bien y alcanzar la vida eterna. Más complejo es el movimiento gnóstico, que surgió en los siglos I y II, y que tiene formas muy diferentes entre ellas. En general, los gnósticos creían que la salvación se obtiene a través de un conocimiento esotérico o „gnosis«. Esta gnosis revela al gnóstico su verdadera esencia, es decir, una chispa del Espíritu divino que reside en su interioridad, que debe ser liberada del cuerpo, ajeno a su verdadera humanidad. Sólo de esta manera el gnóstico regresa a su ser original en Dios, del cual se había alejado debido a una caída primordial.



humana, si el hombre fuera un individuo aislado, que se autorrealiza con sus propias fuerzas, como lo propone el neo-pelagianismo? ¿Y cómo podría llegar la salvación a través de la Encarnación de Jesús, su vida, muerte y resurrección en su verdadero cuerpo, si lo que importa solamente es liberar la interioridad del hombre de las limitaciones del cuerpo y la materia, según la nueva visión neo-gnóstica? Frente a estas tendencias, la presente Carta desea reafirmar que la salvación consiste en nuestra unión con Cristo, quien, con su Encarnación, vida, muerte y resurrección, ha generado un nuevo orden de relaciones con el Padre y entre los hombres, y nos ha introducido en este orden gracias al don de su Espíritu, para que podamos unirnos al Padre como hijos en el Hijo, y convertirnos en un solo cuerpo en el «primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8, 29).

### **III. Aspiración humana a la salvación**

5. El hombre se percibe a sí mismo, directa o indirectamente, como un enigma: ¿Quién soy yo que existo, pero no tengo en mí el principio de mi existir? Cada persona, a su modo, busca la felicidad, e intenta alcanzarla recurriendo a los recursos que tiene a disposición. Sin embargo, esta aspiración universal no necesariamente se expresa o se declara; más bien, es más secreta y oculta de lo que parece, y está lista para revelarse en situaciones particulares. Muy a menudo coincide con la esperanza de la salud física, a veces toma la forma de ansiedad por un mayor bienestar económico, se expresa ampliamente a través de la necesidad de una paz interior y una convivencia serena con el prójimo. Por otro lado, si bien la cuestión de la salvación se presenta como un compromiso por un bien mayor, también conserva el carácter de resistencia y superación del dolor. A la lucha para conquistar el bien, se une la lucha para defenderse del mal: de la ignorancia y el error, de la fragilidad y la debilidad, de la enfermedad y la muerte.

6. Con respecto a estas aspiraciones, la fe en Cristo nos enseña, rechazando cualquier pretensión de autorrealización, que solo se pueden realizar plenamente si Dios mismo lo hace posible, atrayéndonos hacia Él mismo. La salvación completa de la persona no consiste en las cosas que el hombre podría obtener por sí mismo, como la posesión o el bienestar

material, la ciencia o la técnica, el poder o la influencia sobre los demás, la buena reputación o la autocomplacencia<sup>10</sup>. Nada creado puede satisfacer al hombre por completo, porque Dios nos ha destinado a la comunión con Él y nuestro corazón estará inquieto hasta que descansa en Él<sup>11</sup>. «La vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina»<sup>12</sup>. La revelación, de esta manera, no se limita a anunciar la salvación como una respuesta a la expectativa contemporánea. «Si la redención, por el contrario, hubiera de ser juzgada o medida por la necesidad existencial de los seres humanos, ¿cómo podríamos soslayar la sospecha de haber simplemente creado un Dios Redentor a imagen de nuestra propia necesidad?»<sup>13</sup>.

7. Además es necesario afirmar que, de acuerdo con la fe bíblica, el origen del mal no se encuentra en el mundo material y corpóreo, experimentada como un límite o como una prisión de la que debemos ser salvados. Por el contrario, la fe proclama que todo el cosmos es bueno, en cuanto creado por Dios (cf. Gn 1, 31; Sb 1, 13-14; 1 Tm 4 4), y que el mal que más daña al hombre es el que procede de su corazón (cf. Mt 15, 18-19; Gn 3, 1-19). Pecando, el hombre ha abandonado la fuente del amor y se ha perdido en formas espurias de amor, que lo encierran cada vez más en sí mismo. Esta separación de Dios —de Aquel que es fuente de comunión y de vida— que conduce a la pérdida de la armonía entre los hombres y de los hombres con el mundo, introduciendo el dominio de la disgregación y de la muerte (cf. Rm 5, 12). En consecuencia, la salvación que la fe nos anuncia no concierne solo a nuestra interioridad, sino a nuestro ser integral. Es la persona completa, de hecho, en cuerpo y alma, que ha sido creada por el amor de Dios a su imagen y semejanza, y está llamada a vivir en comunión con Él.

#### **IV. Cristo, Salvador y Salvación**

8. En ningún momento del camino del hombre, Dios ha dejado de ofrecer su salvación a los hijos de Adán (cf. Gn 3, 15), estableciendo una alianza

10 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, I-II, q. 2.

11 Cf. San Agustín, *Confesiones*, I, 1: *Corpus Christianorum*, 27, 1.

12 Cf. San Agustín, *Confesiones*, I, 1: *Corpus Christianorum*, 27, 1.

13 Comisión Teológica Internacional, *Algunas cuestiones sobre la teología de la Redención*, 1995, n. 2.

con todos los hombres en Noé (cf. Gn 9, 9) y, más tarde, con Abraham y su descendencia (cf. Gn 15, 18). La salvación divina asume así el orden creativo compartido por todos los hombres y recorre su camino concreto a través de la historia. Eligiéndose un pueblo, a quien ha ofrecido los medios para luchar contra el pecado y acercarse a Él, Dios ha preparado la venida de «un poderoso Salvador en la casa de David, su servidor» (Lc 1, 69). En la plenitud de los tiempos, el Padre ha enviado a su Hijo al mundo, quien anunció el reino de Dios, curando todo tipo de enfermedades (cf. Mt 4, 23). Las curaciones realizadas por Jesús, en las cuales se hacía presente la providencia de Dios, eran un signo que se refería a su persona, a Aquel que se ha revelado plenamente como el Señor de la vida y la muerte en su evento pascual. Según el Evangelio, la salvación para todos los pueblos comienza con la aceptación de Jesús: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (Lc 19, 9). La buena noticia de la salvación tiene nombre y rostro: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»<sup>14</sup>.

9. La fe cristiana, a través de su tradición centenaria, ha ilustrado, a través de muchas figuras, esta obra salvadora del Hijo encarnado. Lo ha hecho sin nunca separar el aspecto curativo de la salvación, por el que Cristo nos rescata del pecado, del aspecto edificante, por el cual Él nos hace hijos de Dios, partícipes de su naturaleza divina (cf. 2 P 1, 4). Teniendo en cuenta la perspectiva salvífica que desciende (de Dios que viene a rescatar a los hombres), Jesús es iluminador y revelador, redentor y liberador, el que diviniza al hombre y lo justifica. Asumiendo la perspectiva ascendiente (desde los hombres que acuden a Dios), Él es el que, como Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, ofrece al Padre, en el nombre de los hombres, el culto perfecto: se sacrifica, expía los pecados y permanece siempre vivo para interceder a nuestro favor. De esta manera aparece, en la vida de Jesús, una admirable sinergia de la acción divina con la acción humana, que muestra la falta de fundamento de la perspectiva individualista. Por un lado, de

14 Benedicto XVI, Carta. enc. *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005), n. 1: AAS 98 (2006), 217; cf. Francisco, Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, n. 3: AAS 105 (2013), 1020.

hecho, el sentido descendiente testimonia la primacía absoluta de la acción gratuita de Dios; la humildad para recibir los dones de Dios, antes de cualquier acción nuestra, es esencial para poder responder a su amor salvífico. Por otra parte, el sentido ascendiente nos recuerda que, por la acción humana plenamente de su Hijo, el Padre ha querido regenerar nuestras acciones, de modo que, asimilados a Cristo, podamos hacer «buenas obras, que Dios preparó de antemano para que las practicáramos» (Ef 2, 10).

10. Está claro, además, que la salvación que Jesús ha traído en su propia persona no ocurre solo de manera interior. De hecho, para poder comunicar a cada persona la comunión salvífica con Dios, el Hijo se ha hecho carne (cf. Jn 1, 14). Es precisamente asumiendo la carne (cf. Rm 8, 3; Hb 2, 14: 1 Jn 4, 2), naciendo de una mujer (cf. Ga 4, 4), que «se hizo el Hijo de Dios Hijo del Hombre»<sup>15</sup> y nuestro hermano (cf. Hb 2, 14). Así, en la medida en que Él ha entrado a formar parte de la familia humana, «se ha unido, en cierto modo, con todo hombre»<sup>16</sup> y ha establecido un nuevo orden de relaciones con Dios, su Padre, y con todos los hombres, en quienes podemos ser incorporado para participar a su propia vida. En consecuencia, la asunción de la carne, lejos de limitar la acción salvadora de Cristo, le permite mediar concretamente la salvación de Dios para todos los hijos de Adán.

11. En conclusión, para responder, tanto al reduccionismo individualista de tendencia pelagiana, como al reduccionismo neo-gnóstico que promete una liberación meramente interior, es necesario recordar la forma en que Jesús es Salvador. No se ha limitado a mostrarnos el camino para encontrar a Dios, un camino que podríamos seguir por nuestra cuenta, obedeciendo sus palabras e imitando su ejemplo. Cristo, más bien, para abrirnos la puerta de la liberación, se ha convertido Él mismo en el camino: «Yo soy el camino» (Jn 14, 6)<sup>17</sup>. Además, este camino no es un camino

15 San Ireneo, *Adversus haereses*, III 19, 1: Sources Chrétiennes, 211, 374.

16 Conc. Ecum. Vat. II, Cost. past. *Gaudium et spes*, n. 22.

17 Cf. San Agustín, *Tractatus in Ioannem*, 13, 4: *Corpus Christianorum*, 36, 132: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6). Si buscas la verdad, mantén el camino, porque el Camino es el mismo que la Verdad. Ella en persona es adónde vas, ella en persona es por donde vas; no vas por una realidad a otra, no vienes a Cristo por otra cosa; por Cristo vienes a Cristo. ¿Cómo «por Cristo a Cristo»? Por Cristo hombre a Cristo Dios; por la Palabra hecha carne a la Palabra que en el principio era Dios en Dios».

meramente interno, al margen de nuestras relaciones con los demás y con el mundo creado. Por el contrario, Jesús nos ha dado un «camino nuevo y viviente que él nos abrió a través del velo del Templo, que es su carne» (Hb 10, 20). En resumen, Cristo es Salvador porque ha asumido nuestra humanidad integral y vivió una vida humana plena, en comunión con el Padre y con los hermanos. La salvación consiste en incorporarnos a nosotros mismos en su vida, recibiendo su Espíritu (cf. 1 Jn 4, 13). Así se ha convertido «en cierto modo, en el principio de toda gracia según la humanidad»<sup>18</sup>. Él es, al mismo tiempo, el Salvador y la Salvación.

## V. La Salvación en la Iglesia, cuerpo de Cristo

12. El lugar donde recibimos la salvación traída por Jesús es la Iglesia, comunidad de aquellos que, habiendo sido incorporados al nuevo orden de relaciones inaugurado por Cristo, pueden recibir la plenitud del Espíritu de Cristo (Rm 8, 9). Comprender esta mediación salvífica de la Iglesia es una ayuda esencial para superar cualquier tendencia reduccionista. La salvación que Dios nos ofrece, de hecho, no se consigue sólo con las fuerzas individuales, como indica el neo-pelagianismo, sino a través de las relaciones que surgen del Hijo de Dios encarnado y que forman la comunión de la Iglesia. Además, dado que la gracia que Cristo nos da no es, como pretende la visión neo-gnóstica, una salvación puramente interior, sino que nos introduce en las relaciones concretas que Él mismo vivió, la Iglesia es una comunidad visible: en ella tocamos la carne de Jesús, singularmente en los hermanos más pobres y más sufridos. En resumen, la mediación salvífica de la Iglesia, «sacramento universal de salvación»<sup>19</sup>, nos asegura que la salvación no consiste en la autorrealización del individuo aislado, ni tampoco en su fusión interior con el divino, sino en la incorporación en una comunión de personas que participa en la comunión de la Trinidad.

13. Tanto la visión individualista como la meramente interior de la salvación contradicen también la economía sacramental a través de la cual

18 Santo Tomás de Aquino, *Quaestio de veritate*, q. 29, a. 5, co.

19 Conc. Ecum. Vat. II, Cost. dogm. *Lumen gentium*, n. 48.

Dios ha querido salvar a la persona humana. La participación, en la Iglesia, al nuevo orden de relaciones inaugurado por Jesús sucede a través de los sacramentos, entre los cuales el bautismo es la puerta<sup>20</sup>, y la Eucaristía, la fuente y cumbre<sup>21</sup>. Así vemos, por un lado, la inconsistencia de las pretensiones de auto-salvación, que solo cuentan con las fuerzas humanas. La fe confiesa, por el contrario, que somos salvados por el bautismo, que nos da el carácter indeleble de pertenencia a Cristo y a la Iglesia, del cual deriva la transformación de nuestro modo concreto de vivir las relaciones con Dios, con los hombres y con la creación (cf. Mt 28, 19). Así, limpiados del pecado original y de todo pecado, estamos llamados a una vida nueva existencia conforme a Cristo (cf. Rm 6, 4). Con la gracia de los siete sacramentos, los creyentes crecen y se regeneran continuamente, especialmente cuando el camino se vuelve más difícil y no faltan las caídas. Cuando, pecando, abandonan su amor a Cristo, pueden ser reintroducidos, a través del sacramento de la Penitencia, en el orden de las relaciones inaugurado por Jesús, para caminar como ha caminado Él (cf. 1 Jn 2, 6). De esta manera, miramos con esperanza el juicio final, en el que se juzgará a cada persona en la realidad de su amor (cf. Rm 13, 8-10), especialmente para los más débiles (cf. Mt 25, 31-46).

14. La economía salvífica sacramental también se opone a las tendencias que proponen una salvación meramente interior. El gnosticismo, de hecho, se asocia con una mirada negativa en el orden creado, comprendido como limitación de la libertad absoluta del espíritu humano. Como consecuencia, la salvación es vista como la liberación del cuerpo y de las relaciones concretas en las que vive la persona. En cuanto somos salvados, en cambio, «por la oblación del cuerpo de Jesucristo» (Hb 10, 10; cf. Col 1, 22), la verdadera salvación, lejos de ser liberación del cuerpo, también incluye su santificación (cf. Ro 12, 1). El cuerpo humano ha sido modelado por Dios, quien ha inscrito en él un lenguaje que invita a la persona humana a reconocer los dones del Creador y a vivir en comunión con los hermanos<sup>22</sup>. El Salvador

---

20 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, III, q. 63, a. 6.

21 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Cost. dogm. *Lumen gentium*, n. 11; Cost. dogm. *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

22 Cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'* (24 de mayo de 2015), n. 155, AAS 107 (2015), 909-910.

ha restablecido y renovado, con su Encarnación y su misterio pascual, este lenguaje originario y nos lo ha comunicado en la economía corporal de los sacramentos. Gracias a los sacramentos, los cristianos pueden vivir en fidelidad a la carne de Cristo y, en consecuencia, en fidelidad al orden concreto de relaciones que Él nos ha dado. Este orden de relaciones requiere, de manera especial, el cuidado de la humanidad sufriente de todos los hombres, a través de las obras de misericordia corporales y espirituales<sup>23</sup>.

## VI. Conclusión: comunicar la fe, esperando al Salvador

15. La conciencia de la vida plena en la que Jesús Salvador nos introduce empuja a los cristianos a la misión, para anunciar a todos los hombres el gozo y la luz del Evangelio<sup>24</sup>. En este esfuerzo también estarán listos para establecer un diálogo sincero y constructivo con creyentes de otras religiones, en la confianza de que Dios puede conducir a la salvación en Cristo a «todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia»<sup>25</sup>. Mientras se dedica con todas sus fuerzas a la evangelización, la Iglesia continúa a invocar la venida definitiva del Salvador, ya que «en esperanza estamos salvados» (Rm 8, 24). La salvación del hombre se realizará solamente cuando, después de haber conquistado al último enemigo, la muerte (cf. 1 Co 15, 26), participaremos plenamente en la gloria de Jesús resucitado, que llevará a plenitud nuestra relación con Dios, con los hermanos y con toda la creación. La salvación integral del alma y del cuerpo es el destino final al que Dios llama a todos los hombres. Fundados en la fe, sostenidos por la esperanza, trabajando en la caridad, siguiendo el ejemplo de María, la Madre del Salvador y la primera de los salvados, estamos seguros de que «somos ciudadanos del cielo, y esperamos ardientemente que venga de allí como Salvador el Señor Jesucristo. El transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso, con el poder que tiene para poner todas las cosas bajo su dominio» (Flp 3, 20-21).

23 Cf. Id., Carta apost. *Misericordia et misera* (20 de noviembre de 2016), n. 20: AAS 108 (2016), 1325-1326.

24 Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990), n. 40: AAS 83 (1991), 287-288; Francisco, Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, nn. 9-13: AAS 105 (2013), 1022-1025.

25 Conc. Ecum. Vat. II, Cost. past. *Gaudium et spes*, n. 22.

*El Sumo Pontífice Francisco, en la Audiencia concedida el día 16 de febrero de 2018. Ha aprobado esta Carta, decidida en la Sesión Ordinaria de esta Congregación el 24 de enero de 2018, y ha ordenado su publicación.*

*Dado en Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 22 de febrero de 2018, Fiesta de la Cátedra de San Pedro.*

**+Luis F. Ladaria, S.I.**

Arzobispo titular de Thibica

Prefecto

**+Giacomo Morandi**

Arzobispo titular de Cerveteri

Secretario